



AVIVAMIENTO ESPIRITUAL LA GRAN PURIFICACIÓN FINAL

OSVALDO REBOLLEDA

AVIVAMIENTO ESPIRITUAL LA GRAN PURIFICACIÓN FINAL



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Un avivamiento genuino.....	9
Capítulo dos:	
Primero la amada debe despertar.....	22
Capítulo tres:	
¿La Biblia anuncia el gran avivamiento final?	43
Capítulo cuatro:	
El llamado a la purificación.....	55
Capítulo cinco:	
El Espíritu Santo en la purificación final.....	68
Capítulo seis:	
El crisol del sufrimiento y el quebrantamiento.....	80

Capítulo siete:

La esposa que se prepara para el esposo.....92

Capítulo ocho:

El liderazgo de los últimos tiempos.....106

Reconocimientos.....119

Sobre el autor.....121



INTRODUCCIÓN

“Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra.”

2 Crónicas 7:14

Vivimos tiempos en que la palabra avivamiento se ha vuelto común en los labios de muchos creyentes. Sin embargo, no siempre comprendemos lo que significa desde la perspectiva de Dios. Algunos lo reducen a un aumento de multitudes en los templos; otros lo relacionan con emociones intensas en las reuniones; y no faltan quienes lo asocian únicamente con señales y milagros.

Pero el avivamiento que el Espíritu Santo anhela traer en estos tiempos finales es mucho más profundo: es una obra de purificación en la Iglesia. No es simplemente una temporada de entusiasmo, sino un proceso de fuego y refinamiento, en el cual la Esposa de Cristo se despoja de toda mancha y arruga para presentarse gloriosa delante de su Señor (**Efesios 5:27**).

Este libro no pretende ser un tratado académico, sino un llamado profético y pastoral. Su propósito es despertar a la Iglesia a la realidad de que, antes de la venida gloriosa de

Cristo, habrá un mover del Espíritu que confrontará toda tibieza, quebrantará nuestra autosuficiencia y nos conducirá a un compromiso radical con la santidad.

El lector encontrará aquí fundamentos bíblicos, advertencias claras y una invitación urgente a no postergar lo que el Espíritu Santo ha anunciado proféticamente. Al enfocarnos en este tema, veremos cómo surgen con claridad los anuncios de lo que indudablemente debe ocurrir.

La historia de la Iglesia ha estado marcada por momentos de gran despertar espiritual. Hubo tiempos en que Dios, en su misericordia, sopló con poder sobre comunidades enteras, produciendo arrepentimiento, restauración y una pasión renovada por Su gloria.

Sin embargo, la Escritura anuncia que, antes de la venida del Señor, se dará un mover sin precedentes: un avivamiento que será, al mismo tiempo, una gran purificación final. Esto es absolutamente necesario, porque la condición actual de la Iglesia no la capacita para enfrentar las hostilidades previas al regreso de Cristo, ni para alcanzar la santidad que Él demanda.

Este tiempo se caracterizará por dos corrientes opuestas que se manifestarán de manera simultánea. Por un lado, una gran cosecha de almas de toda tribu, lengua y nación (**Apocalipsis 7:9**). Por el otro, una gran apostasía, donde muchos negarán la fe y se dejarán arrastrar por engaños y falsas doctrinas (**2 Tesalonicenses 2:3**). En medio

de ese contraste, la Iglesia verdadera será refinada como oro en el crisol del sufrimiento, la disciplina y la persecución.

Al hablar de avivamiento no me refiero a reuniones multitudinarias llenas de euforia pasajera. Hablo de un verdadero gozo espiritual, de un despertar que ciertamente producirá multiplicación, pero que, por sobre todo, traerá purificación.

La pregunta no es si la Iglesia pasará por estos procesos de purificación, sino si estamos preparados para abrazarlos. Porque el avivamiento final no será un espectáculo superficial, sino una obra profunda del Espíritu Santo que traerá quebrantamiento, restauración y fuego de santidad, lo cual también dejará a muchos en el camino.

Este libro busca acompañar al lector en la comprensión de ese mover de Dios. Aquí exploraremos el sentido bíblico del avivamiento, el llamado a la santidad, la necesidad de discernir los tiempos y cómo cada creyente y cada congregación pueden ser parte activa de esta preparación.

Indudablemente, es un libro que todo líder debería leer, porque lo que ocurrirá solo podrá ser enfrentado y recibido con la motivación correcta. Los egoísmos, las ambiciones y la búsqueda de éxito no calificarán a nadie para lo que está por venir. Necesitamos un liderazgo desprendido de todo interés personal y sujeto al mensaje correcto para preparar a los santos.

Hoy más que nunca necesitamos despertar, prepararnos y responder con responsabilidad. Iglesia preciosa, no será un avivamiento cómodo desde una perspectiva natural. Será glorioso, pero costoso para la carne y para los deseos vanos. Será extraordinario por lo que viviremos, pero también doloroso para quienes se resistan al compromiso espiritual.

Espero que este libro contribuya a sacudir hasta lo más íntimo de nuestro ser, despertando en nosotros un clamor genuino y una humildad auténtica, para dejarnos purificar y santificar por el Espíritu Santo, de modo que estemos listos para enfrentar la hostilidad de los últimos tiempos y preparados para la gloriosa venida del Señor.

“Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer...”

Habacuc 3:2



Capítulo uno

UN AVIVAMIENTO GENUINO

“Oh Jehová, he oído tu palabra, y temí; oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer; en la ira acuérdate de la misericordia.”

Habacuc 3:2

Hablar de avivamiento es hablar de un soplo divino que despierta lo que parecía dormido, de una intervención celestial que sacude el letargo espiritual y devuelve a la Iglesia a la pasión de sus primeros amores. La palabra misma evoca la idea de vida, de resurrección, de un fuego que arde en lo más profundo del ser humano y que no puede explicarse únicamente con categorías humanas.

Sin embargo, en nuestros días la palabra avivamiento se ha usado con ligereza, reducida muchas veces a una serie de reuniones multitudinarias, a un fervor emocional pasajero o a un espectáculo religioso que busca impresionar más que transformar. Pero el verdadero avivamiento no es un artificio humano; es una irrupción soberana del Espíritu de Dios que confronta, quebranta, limpia y renueva.

Un avivamiento genuino no es sinónimo de emoción desbordada, aunque sin duda toca las fibras más íntimas del alma. No es un simple entusiasmo colectivo, porque las emociones humanas, aunque intensas, son volátiles y pasajeras. Lo que hoy se enciende en un clamor eufórico, mañana puede desvanecerse si no está sustentado por una obra interior del Espíritu Santo.

La diferencia esencial radica en que un avivamiento verdadero no deja a las personas iguales: las transforma radicalmente, cambia la manera de pensar, reordena las prioridades, sacude la conciencia, despierta la compasión y produce frutos de justicia y santidad. No se mide por la cantidad de lágrimas derramadas en un altar, sino por la calidad de la vida que resulta después de haber sido tocados por Dios.

Necesitamos un avivamiento genuino porque la Iglesia y el mundo se han sumergido en una apatía peligrosa. Vivimos en tiempos donde la verdad se relativiza, el pecado se normaliza y la fe se acomoda a los moldes culturales para no ser rechazada.

El pueblo de Dios, en gran parte, ha perdido la urgencia del arrepentimiento y la seriedad de la santidad. Predicamos sobre gracia, pero con frecuencia lo hacemos sin la profundidad de la cruz. Hablamos de amor, pero muchas veces se trata de un amor reducido a sentimientos humanos, sin el peso de la obediencia. En este contexto, el avivamiento no es un lujo espiritual ni un fenómeno extraordinario

reservado a épocas pasadas; es una necesidad imperiosa y urgente. Si la Iglesia no despierta, el mundo seguirá avanzando hacia la oscuridad sin la luz que debería guiarlo.

El avivamiento no nace de estrategias humanas ni de programas diseñados para motivar a las masas. No es producto de técnicas de persuasión ni de un despliegue de recursos mediáticos. Puede haber multitudes, luces, música, organización y un gran despliegue de actividades, pero sin la presencia del Espíritu Santo no habrá más que ruido y cansancio.

El avivamiento auténtico es, ante todo, obra del Espíritu Santo. El hombre puede preparar el terreno, clamar en oración, sembrar con lágrimas, pero solo Dios puede abrir los cielos y derramar el fuego que consume la paja y refina el oro. Por eso, hablar de avivamiento es hablar de dependencia. No se trata de producir algo, sino de esperar, con corazón rendido, lo que solo Dios puede hacer.

El punto de partida de todo avivamiento verdadero es el arrepentimiento. Allí donde el hombre reconoce su pecado, se quebranta y se vuelve a Dios con sinceridad, comienza a abrirse la puerta para que la gracia irrumpa con poder. Sin arrepentimiento no hay purificación, y sin purificación no hay lugar para la gloria de Dios.

Ahora bien, no tengo dudas de que el arrepentimiento genuino no es una simple decisión humana, sino la obra soberana del Espíritu Santo sobre nuestras vidas. Él es quien

trae convicción (**Juan 16:8**) y quien pone en nosotros tanto el querer como el hacer (**Filipenses 2:13**). Sin su obra, solo tenemos ideas y razonamientos, pero carecemos de la esencia que debe impulsar el verdadero cambio.

El avivamiento no florece en corazones orgullosos ni en congregaciones satisfechas consigo mismas. Solo los quebrantados, los que lloran su miseria y claman por misericordia son quienes preparan el camino al Señor, y eso no es algo que pueda simularse. El arrepentimiento no es simplemente remordimiento ni un momento de culpa pasajera; es un cambio profundo de mentalidad y de dirección, es el giro radical del alma que reconoce la necesidad de ser transformada.

En este sentido, el avivamiento conduce inevitablemente a la santidad. No como un esfuerzo ascético humano, sino como la manifestación de la vida de Cristo en nosotros. Un pueblo avivado es un pueblo santo, porque en él se hace visible la obra de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable (**1 Pedro 2:9**).

La santidad no es aislamiento, ni legalismo, ni orgullo religioso, sino vida consagrada, obediencia genuina y reflejo de Cristo en medio del mundo. Además, la santidad se vincula estrechamente con la misión. El avivamiento nunca se queda encerrado en las cuatro paredes de una iglesia: empuja hacia afuera, despierta pasión por los perdidos e impulsa a llevar las buenas nuevas hasta los rincones más

oscuros de la tierra. El fuego que enciende el Espíritu no se queda quieto: ilumina y se expande.

Por ello, no basta con un despertar individual. El avivamiento genuino es personal, sí, pero también es corporativo y global. Necesitamos que la Iglesia en su conjunto despierte, que el Cuerpo de Cristo se sacuda del letargo y se levante como un ejército santo.

Vivimos en un tiempo en el que el individualismo ha contaminado incluso la fe. Se nos ha enseñado a pensar solo en nuestra salvación personal, en nuestras bendiciones, en nuestros logros espirituales o en la importancia del ministerio o la denominación a la cual pertenecemos. Pero eso no deja de ser egoísmo cargado de orgullo.

El plan de Dios siempre ha sido corporativo. Él derramó su Espíritu sobre un pueblo reunido, y es en la unidad de los creyentes donde su gloria se manifiesta con mayor plenitud. El avivamiento nos libera de los egoísmos y nos lleva a pensar en el bien común, en la misión global de la Iglesia y en el propósito eterno de Dios para todas las naciones.

Cuando observamos la historia de la Iglesia, descubrimos que los avivamientos genuinos no fueron planificados en calendarios ni anunciados como eventos especiales, sino que surgieron en medio de la profunda necesidad espiritual y del clamor de un pueblo quebrantado.

Cada vez que Dios ha visitado a su Iglesia con poder, primeramente ha encendido corazones, generando el clamor por Su obra. Precisamente, el avivamiento no llega cuando los hombres se sienten fuertes en sí mismos, sino cuando reconocen su debilidad y dependen totalmente de la intervención divina. Esto nos muestra que el avivamiento nunca es un mérito humano, sino un regalo de la gracia soberana.

La diferencia entre la emoción pasajera, y la transformación verdadera se hace evidente cuando los efectos de una supuesta obra espiritual se desvanecen al poco tiempo. La emoción puede llenar auditorios, pero no llena corazones con un fuego duradero. Puede mover multitudes por un instante, pero no necesariamente conduce al arrepentimiento.

La transformación, en cambio, deja huellas permanentes: hogares restaurados, conversiones genuinas, comunidades renovadas, líderes levantados con convicción y una sociedad impactada por la luz del Evangelio. Allí donde hay frutos visibles de justicia, de amor fraternal, de compasión hacia los más débiles y de obediencia a Dios, allí podemos reconocer que el Espíritu Santo ha soplado con fuerza.

Debemos ser honestos: muchas veces hemos confundido ruidos con poder, movimientos con avivamientos, espectáculos con presencia divina. El peligro de esta confusión es que produce una falsa seguridad, una

ilusión de estar viviendo un avivamiento cuando, en realidad, lo que se experimenta es un estímulo emocional que desaparece tan pronto como se apagan las luces.

La Iglesia no necesita más ilusiones espirituales; necesita una visitación real que rompa cadenas, despierte conciencias y transforme vidas en santidad y misión. Lo que está en juego no es solo la vitalidad de nuestras congregaciones, sino el testimonio mismo de Cristo en el mundo.

Cuando el Espíritu Santo aviva, lo hace con un propósito mayor que la mera experiencia individual: glorificar a Cristo y llevar a la Iglesia a la plenitud de su misión. El verdadero avivamiento tiene como centro la exaltación del nombre de Jesús, no la fama de predicadores ni de movimientos ministeriales.

De hecho, allí donde los hombres buscan protagonismo, el Espíritu se aparta; pero allí donde Cristo es el centro, donde la Palabra es honrada y la obediencia es radical, el cielo se abre y la gloria de Dios desciende con poder. No es casual que los grandes avivamientos históricos hayan nacido de rodillas, en humildad y en clamor, y no en escenarios preparados para impresionar.

Además, el avivamiento genuino confronta el pecado en todas sus formas. No se limita a lo individual, sino que denuncia la injusticia social, la corrupción, la idolatría cultural y todo aquello que se opone al Reino de Dios. El

Espíritu no solo toca al creyente en lo íntimo de su corazón, sino que lo lanza a ser testigo en su entorno.

Cuando el fuego arde en el alma, no puede permanecer encerrado: inevitablemente ilumina a otros. Así, el avivamiento no es un fin en sí mismo, sino un medio para que la gloria de Dios sea conocida y el Evangelio del Reino avance con poder.

Otro rasgo esencial de un avivamiento verdadero es la restauración del amor. La frialdad espiritual, la indiferencia y el egoísmo son barreras que sofocan la obra del Espíritu Santo. Pero cuando Dios visita a su pueblo, los corazones se encienden en compasión por los perdidos, en solidaridad con los necesitados y en unidad con los hermanos.

La división y la competencia ceden su lugar al perdón y a la reconciliación. El avivamiento genuino no solo levanta manos hacia el cielo, sino que también extiende brazos hacia el prójimo. Y esto es lo que lo diferencia de toda imitación humana: el amor de Cristo se hace palpable, visible y verdaderamente transformador.

Por eso necesitamos discernir y anhelar lo verdadero. No podemos conformarnos con sucedáneos espirituales que entretienen pero no santifican; que conmueven pero no convierten; que emocionan pero no envían a la misión. El avivamiento que la Iglesia necesita no será un fenómeno aislado ni un evento en un rincón del mundo, sino un

movimiento del Espíritu que una al pueblo de Dios en arrepentimiento y en propósito común.

Nuestra generación no debe vivir de los relatos del pasado ni de nostalgias históricas; debe clamar por una obra fresca, nueva y radical que marque este tiempo con el sello de Dios. Cuando enseño, debo tomar imperiosamente los ejemplos bíblicos de los poderosos hechos del Señor, y eso es maravilloso. Sin embargo, me disgusta tener que asumir a un Dios más grande en la Biblia que en la vida actual de la Iglesia.

Siempre les digo a mis hermanos: el mismo Dios que ordenó un mundo desordenado y vacío es el que nos habita; no podemos andar desordenados ni sentirnos vacíos. El mismo Dios que abrió el mar Rojo es el Dios que nos habita; no puede ser que nosotros no podamos abrir ni un simple kiosco. El mismo Dios que sanó enfermos, liberó cautivos y resucitó muertos es el que nos habita, y el mundo necesita que podamos expresarlo.

Cuando hago estos planteos no lo hago juzgando a nadie, porque yo también soy parte de esta generación; lo hago para que tomemos conciencia y no nos conformemos con menos. Al analizar estas realidades espirituales debemos reaccionar, debemos clamar a Dios por Su presencia.

La historia de la Iglesia nos ofrece testimonio suficiente de que, cuando Dios irrumpe con poder, los resultados trascienden a una generación. Cada avivamiento

genuino ha dejado huellas visibles en la sociedad y en la misión de la Iglesia. Cuando Dios obró de verdad, nunca se trató de simples momentos de exaltación, sino de movimientos profundos que transformaron culturas, dieron a luz ministerios, despertaron vocaciones misioneras y levantaron una conciencia renovada de santidad.

Pensemos, por ejemplo, en aquellos despertares espirituales donde la oración se convirtió en el pulso de comunidades enteras, donde las ciudades fueron confrontadas por la pureza del Evangelio y donde incluso las estructuras sociales fueron sacudidas por la justicia de Dios.

Esos momentos no surgieron de la organización humana, sino de corazones quebrantados que clamaban juntos: “*Señor, hazlo otra vez*”. Y lo extraordinario es que Dios respondió, mostrando que Su brazo no se ha acortado ni Su poder se ha debilitado.

Al mirar esos episodios históricos comprendemos que el avivamiento nunca ha sido un fin en sí mismo. Siempre fue el inicio de una nueva etapa en la misión de la Iglesia. Donde hubo avivamiento, hubo predicación ardiente de la Palabra, envío de obreros a los campos misioneros, un despertar de la compasión hacia los pobres y marginados, y una conciencia renovada de la urgencia de vivir en santidad.

Hoy, más que nunca, necesitamos volver a esos fundamentos. En un mundo marcado por la indiferencia espiritual, por el secularismo agresivo y por la confusión

moral, la Iglesia corre el riesgo de diluirse en la corriente de la cultura. Si no clamamos por un avivamiento que nos purifique, corremos el peligro de convertirnos en una comunidad sin poder, sin testimonio y sin voz profética.

La historia nos advierte que cada vez que el pueblo de Dios se conformó con una fe superficial, vino decadencia; pero también nos alienta mostrando que cada vez que hubo clamor sincero, Dios envió claras manifestaciones de Su Espíritu y renovó la faz de Su Iglesia.

Por ello, debemos terminar con las concepciones individualistas que han penetrado en la espiritualidad contemporánea. La fe no es un proyecto personal aislado, ni el avivamiento un privilegio de unos pocos. El propósito de Dios es colectivo: levantar un pueblo santo, un cuerpo unido, una Iglesia que refleje en la tierra la gloria de Su Reino.

Mientras el cristianismo siga reducido a búsquedas privadas de bienestar espiritual, estaremos lejos del propósito de un avivamiento genuino. La purificación que Dios quiere operar es profunda, comunitaria y global, porque Su plan abarca a todas las naciones.

Un verdadero despertar espiritual no se mide por lo que sucede en un servicio, sino por lo que sucede después: cuando la Iglesia sale de sus templos para vivir como sal y luz en medio de un mundo en tinieblas. Allí donde los creyentes comienzan a vivir con integridad en sus hogares, en sus trabajos, en sus comunidades; allí donde la compasión

se transforma en acción concreta y donde la misión se asume con valentía; allí estamos frente a un avivamiento genuino.

Este es el clamor que debe arder en nuestra generación: no queremos un fuego artificial que brille por un momento y se apague con el viento, sino el fuego eterno del Espíritu que purifique, transforme y envíe. No necesitamos más programas religiosos, sino corazones quebrantados que esperen en Dios. No buscamos emociones efímeras, sino una transformación que perdure por generaciones. El mundo aguarda una Iglesia viva, santa, compasiva y misionera, y solo un avivamiento genuino puede despertarla a esa realidad.

Así, el avivamiento se convierte en la gran purificación final que Dios desea realizar en Su pueblo: una purificación que no se limita a limpiar lo externo, sino que alcanza lo profundo del corazón; una purificación que no solo restaura individuos, sino que prepara a toda la Iglesia para la misión de llevar la gloria de Cristo hasta lo último de la tierra.

Si algo debemos pedir con insistencia en nuestros tiempos es esto: que Dios nos conceda un avivamiento genuino, una visitación de Su Espíritu que nos libre de las ilusiones humanas y nos devuelva al camino de la santidad, de la unidad y de la misión. Esto no debe ser una opción secundaria ni un tema accesorio en la vida cristiana; es la urgencia más grande de nuestro tiempo.

Hemos visto que no se trata de emociones pasajeras, ni de experiencias que inflan el ego religioso, sino de una obra transformadora del Espíritu que produce arrepentimiento, santidad y misión. El Señor busca un pueblo unido, quebrantado y santo, que viva en la plenitud de Su gracia y que sea instrumento de transformación en el mundo.

El llamado es claro: necesitamos volver a la oración ferviente, al arrepentimiento sincero, a la santidad práctica y a la misión global. Solo así veremos un avivamiento genuino que glorifique a Cristo y prepare a Su Iglesia para los tiempos decisivos que se avecinan.

“¿No volverás a darnos vida, para que tu pueblo se regocije en ti?”

Salmo 85:6



Capítulo dos

PRIMERO LA AMADA DEBE DESPERTAR

***“Así que tened cuidado, no durmamos como los demás,
sino velemos y seamos sobrios”***

1 Tesalonicenses 5:6

Por causa de mi llamado ministerial, hace más de veinte años viajo ininterrumpidamente por todo el país y por varias naciones del mundo, visitando diferentes ministerios y observando a la Iglesia y al mundo desde un panorama distinto. No menciono esto para atribuirme algún mérito ni para dar a entender que veo lo que otros no; simplemente expreso que, debido a mi función ministerial, puedo contemplar a la Iglesia del Señor desde una plataforma más amplia de la que normalmente puede ver un pastor local.

Esto me ha llevado a observar detenidamente los movimientos espirituales en el mundo. Por ello creo tener un mensaje para la Iglesia de esta generación: un mensaje de exhortación, pero ungido de verdadero amor, porque soy

plenamente consciente de que la Iglesia es preciosa y es divina.

Los ministros de este tiempo somos parte de una generación de transición. En las últimas décadas hemos vivido cambios contundentes a nivel global, y tales cambios no pueden ser ignorados por la Iglesia. No podemos encerrarnos en nuestras actividades pretendiendo desconocer lo que ocurre en el mundo.

Los cambios tecnológicos y culturales de este presente siglo malo constituyen el contraste sobre el cual la Iglesia debe manifestar su poder. Sin embargo, noto que nos cubre una pesada somnolencia espiritual. Con esto quiero decir que la Iglesia no está totalmente dormida, porque ciertamente hemos avanzado en romper estructuras y paradigmas que nos limitaron durante siglos, y eso no es poca cosa. No obstante, lo logrado no debe convertirse en un canto de cuna que nos adormezca en el presente.

Cuando cualquiera de nosotros duerme, no entra en un estado de muerte, sino de descanso. Nuestras funciones disminuyen significativamente y todo médico aconseja ese descanso para alcanzar una vida plena. Dormir no es malo, pues nos otorga nuevas energías, mayor lucidez y un mejor desarrollo de nuestro potencial. Sin embargo, hay un momento en el que debemos despertar con plenitud.

La Iglesia no está muerta ni profundamente dormida, pero sí se encuentra en un estado de somnolencia que la hace

poco efectiva. Es como una persona que comienza a despertarse lentamente y no puede emprender ninguna tarea de manera eficaz hasta despabilarse por completo. El Señor dijo que debemos velar y ser sobrios, y eso no puede lograrse sin un verdadero despertar.

Algunos líderes actuales comienzan a reaccionar ante el cambio en los paradigmas de la Iglesia, en los diseños de Dios, en los ministerios y en la creatividad. El Reino está adquiriendo un nuevo significado. La Palabra se está comprendiendo de un modo nunca antes oído, y esto está produciendo un “nerviosismo positivo” que se extiende por todo el globo. Dios se está dando a conocer por caminos que nunca fueron transitados por la religión ni por la evangelización tradicional. Eso es extraordinario, y no podemos ignorarlo.

En parte, algunos están despertando al mensaje del Reino y esto está provocando un movimiento tanto en los grupos de personas como en sus pensamientos respecto de las creencias religiosas, y de los fundamentos heredados de siglos pasados. Dios está cambiando las cosas, y no se molesta en consultar nuestra opinión. ¡Hay una clara diferencia entre aquellos que, con humildad, permiten que el Espíritu Santo sacuda toda su teología, y aquellos que se han cerrado a toda expresión diferente o desconocida!

Creo que estos últimos duermen profundamente, pues no reaccionan ni siquiera para evaluar de manera responsable las enseñanzas que se presentan a la luz de la revelación del

Nuevo Pacto. No utilizan su conocimiento más que para confrontar neciamente lo que no comprenden. Y lo que es aún peor, no aplican el discernimiento espiritual, sino la sospecha descalificadora.

Por otra parte, existe un adormecimiento en la Iglesia que se parece más a una fascinación que a un sueño. Esto es producto del desequilibrio causado por enseñanzas humanistas que buscan satisfacer más al hombre que a Dios. Ante estas cosas también debemos despertar.

Aclaro que en todo momento estoy expresando conceptos referidos a la Iglesia en general y no a una congregación en particular. Tal vez algunas cosas que menciono no coincidan con lo que algunos viven en su congregación o en su experiencia espiritual, pero eso no significa que no esté ocurriendo en otros lugares, y no debe resultarnos indiferente.

¿Alguna vez ha experimentado levantarse con una extremidad dormida? Es algo impresionante, porque uno siente el brazo como si no fuera suyo, y lo peor es que toma un tiempo reaccionar o despertar por completo. Sin embargo, ninguno de nosotros diría que eso no le afecta solo porque el resto del cuerpo está despierto.

Lo lógico es que todo nuestro ser espere a que ese brazo adormecido despierte del todo. Así también es el Cuerpo de Cristo: todos somos miembros de un mismo cuerpo y debemos esperarnos, ayudarnos y valorarnos unos a

otros con amor. Ese amor inexplicable y glorioso es el que el Señor siente por Su amada, y Él la está llamando a despertar. Ruego que tengamos la capacidad de reaccionar a ese amor y no a un violento sacudón espiritual.

***“Como el manzano entre los árboles silvestres,
así es mi amado entre los jóvenes;
bajo la sombra del deseado me senté,
y su fruto fue dulce a mi paladar.
Me llevó a la casa del banquete,
y su bandera sobre mí fue amor.”***

Cantares 2:3 al 4

El Cantar de los Cantares es un hermoso libro poético escrito por el sabio rey Salomón. Él compuso mil cinco cantares (**1 Reyes 4:32**). De todos ellos, este es considerado el mejor, y por eso se llama El cantar de los cantares. Algunos piensan que este libro no debería estar incluido en la Biblia, sin embargo forma parte del canon de las Sagradas Escrituras.

El lenguaje elaborado, llamativo y audaz de este libro constituye también una gloriosa figura de nuestra comunión con el Señor Jesucristo. Dios utiliza lo mejor del amor humano para despertarnos y hacernos conscientes del gran amor que siente por nosotros. Considero que en la Biblia no hay otro libro que nos acerque tanto a Dios, o que sea más profundo en la expresión de nuestra comunión con Él, como el Cantar de los Cantares. Eso sí, debemos acercarnos a este libro con el respeto que merece.

***“Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,
Por los corzos y por las ciervas del campo,
Que no despertéis ni hagáis velar al amor,
Hasta que quiera”***

Cantares 2:7

¿Quiénes son estas doncellas de Jerusalén? En hebreo se les llama “*Banot Yerushalayim*”, que literalmente significa “Hijas de Jerusalén”. Ellas aparecen a lo largo del libro de Cantares en varias oportunidades, queriendo despertar a la novia, pero el Rey les hace jurar que no lo hagan hasta que ella misma quiera despertar. Este pedido se repite tres veces en el libro de Cantares (2:7; 3:5; 8:4). Es muy conmovedor, porque Él desea que su amada despierte, pero apela a su voluntad.

Por más maravilloso que sea lo que Dios tiene preparado para nosotros, Él no nos obliga a nada. Tampoco nosotros, como líderes, debemos hacerlo, pues podríamos arruinar el entusiasmo de alguien que desea acercarse al Señor. En la Iglesia no se lidera por imposición, sino por revelación, y eso es algo que solo Dios puede otorgar. Sin embargo, despertar nuestro amor es una responsabilidad en la que debemos trabajar constantemente, porque Él ya ha hecho su parte al entregarnos las Escrituras para entender Su voluntad y discernir lo que vivimos.

Debemos tener cuidado de no confundir un amor despierto con responsabilidades y obligaciones. Muchos hermanos procuran mantener encendido su amor haciendo

cosas correctas, pero en realidad solo caen en la religiosidad, y ese es el gran peligro. Quizás por esa razón el Señor enfatiza tanto que no se despierte a su amada hasta que ella lo decida voluntariamente.

Como comunicador del evangelio tengo la responsabilidad de exhortar a la Iglesia cuando percibo que se ha quedado adormecida. Sin embargo, debo tener cuidado de no empujarla hacia el activismo, creyendo que con un hacer continuo el amor se renovará. Como suele ocurrir en muchos matrimonios, los cónyuges pueden cumplir con sus responsabilidades, pero si el amor se enfría, el desenlace será fatal.

Jesús le dijo a la iglesia de Éfeso: ***“Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor...”*** (Apocalipsis 2:2 al 5), Luego la exhorta a recuperar ese sentimiento, y nunca le habría pedido algo así si no fuera posible. Él le dijo: ***“Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido”***.

El candelero representa la luz, la revelación y la autoridad que provienen de ella. Jesús advierte que, si no hay

un arrepentimiento genuino, Él quitará la revelación y toda autoridad espiritual, lo que incluye la influencia en la sociedad.

Podemos celebrar el éxito aparente de alguna megaiglesia, pero hoy, en todo el mundo, hay congregaciones cerrando sus puertas. Sus luces están siendo literalmente apagadas por rehusarse a arrepentirse de haber dejado enfriar el primer amor. Iglesias sin vida espiritual, sobre las cuales Dios ha escrito “*Icabod*” en sus puertas, palabra que significa: “El Espíritu del Señor se ha apartado”.

Sin embargo, Él nos da la oportunidad. Nos dice: “Si te arrepientes, te daré vida constante de mi propio ser. Y mientras sigas amándome, te proveeré un fluir sobrenatural de vida en ti. Esta vida se manifestará en tu discernimiento, en tu amor por las personas y en tus buenas obras para mi Reino”. Este es el rasgo que distingue a todo cristiano verdaderamente enamorado de Jesús.

“Hagan todo con amor”.

1 Corintios 16:14 (NVI)

Humanamente, el amor surge; simplemente se da, lo tenemos o no lo tenemos, pero no podemos inventarlo. Espiritualmente es distinto, porque amar también es una decisión. Por eso el Señor nos manda a amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente, y además nos ordena amar a nuestro prójimo e incluso a nuestros enemigos (**Mateo 22:37 al 39**). Él no nos pediría algo imposible.

Hay hermanos que, al inicio, recibieron verdaderamente la vida de Cristo y estuvieron llenos de amor, pero en su caminar no alimentaron ese amor por el Señor ni la pasión por su obra; poco a poco se fueron enfriando. Mantener vivo el amor no es tarea que el Señor deba realizar por nosotros, ni tampoco depende de un ministro. Somos nosotros quienes debemos despertar voluntariamente nuestro amor y exigir que todo nuestro ser alabe al Señor, como lo hacía el rey David:

***“Bendice, alma mía, a Jehová,
Y bendiga todo mi ser su santo nombre.
Bendice, alma mía, a Jehová,
Y no olvides ninguno de sus beneficios”.***
Salmo 103:1 y 2

Volviendo al libro de Cantares, vemos que la sulamita amaba al rey, así como la Iglesia ama al Señor. Sin embargo, ningún amor merece ser descuidado. El amor debe ser despertado, alimentado y aumentado. Esto es posible desde el principio más sencillo: dar. Es decir: ***“Cuanto más damos, más recibimos” (Lucas 6:38).***

El amor puede ser como el aceite de la viuda que recibió dirección de Eliseo. Ella tenía un poco de aceite, pero sus hijos le consiguieron vasijas. Mientras tuvo dónde derramar ese aceite, no dejó de fluir y multiplicarse. Cuando no tuvo más recipientes, el aceite cesó. De la misma manera, cuanto más se abran nuestros ojos a la necesidad de amor en el mundo, más amor vendrá sobre nuestra vida. Por el

contrario, si nos limitamos a nuestro círculo íntimo, el amor en nosotros dejará de crecer.

Cuanto más determinemos amar a Dios y al prójimo, más amor fluirá de nuestros corazones hacia Él y hacia Su propósito. Pero cuando dejamos de dar, el amor cesa: se apaga, se enfría y se adormece, como lamentablemente ocurre a muchos en este tiempo (**Mateo 24:12**).

*¡La voz de mi amado! He aquí él viene
Saltando sobre los montes,
Brincando sobre los collados.
Mi amado es semejante al corzo,
O al cervatillo.
Helo aquí, está tras nuestra pared,
Mirando por las ventanas,
Atisbando por las celosías.
Mi amado habló, y me dijo:
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven.
Porque he aquí ha pasado el invierno,
Se ha mudado, la lluvia se fue;
Se han mostrado las flores en la tierra,
El tiempo de la canción ha venido,
Y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola.
La higuera ha echado sus higos,
Y las vides en cierne dieron olor;
Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven...
Cantares 2:8 al 13*

Aparentemente, el Amado había salido de viaje y su Amada lo había estado esperando, anticipando con alegría su regreso al hogar. ¡Cuán hermoso y glorioso es contemplar la emoción de la esposa que espera ansiosa el retorno del esposo! Nosotros, como creyentes, debemos velar como las vírgenes sensatas (**Mateo 25:1 al 13**), aguardando el regreso de nuestro amado Señor.

Ahora viene el enamorado y dice: ¡El invierno ha pasado! Esto puede representar tiempos malos: temporadas de ignorancia y pecado, de infertilidad, de miseria y frialdad. Tiempos de tormentas y tempestades espirituales que lo rodearon todo, sin dejar lugar a la esperanza. Pero los tiempos de reforma han llegado, y el Amado declara: ***¡Ven! Porque ya ha pasado el invierno, la lluvia se fue; se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción ha venido. ¡Despierta, amada mía, y ven!***

Me conmueve leer la alegría con la que el Amado llama a su amada, pero no puedo dejar de notar que ella, aunque expresaba júbilo por su venida, no permaneció velando en las puertas, sino que se había dormido. Por eso Él le dice: ***“Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven...”***.

Así es como percibo a muchos hermanos: dormidos, indiferentes, pasivos, frente al emocionado llamado del Señor a vivir tiempos extraordinarios. Hay quienes solo han decidido cumplir con el compromiso de asistir a las reuniones, cantar algunas canciones y escuchar una predicación, pero no están fervientes en el Espíritu

(Romanos 12:11). Con esto no pretendo juzgar a nadie, sino transmitir lo que observo y la carga que esta realidad me produce. Por supuesto que hay también muchos hermanos despiertos, encendidos en el fuego de la pasión por Dios y Su obra. Sin embargo, como comunicador del evangelio he asumido la responsabilidad de sacudir un poco a aquellos miembros del cuerpo que se han dormido y no logran despertar, porque eso también es amor.

***“Por las noches busqué en mi lecho al que ama mi alma;
Lo busqué, y no lo hallé.***

***Y dije: Me levantaré ahora, y rodearé por la ciudad;
Por las calles y por las plazas
Buscaré al que ama mi alma;
Lo busqué, y no lo hallé.***

Me hallaron los guardas que rondan la ciudad,

Y les dije: ¿Habéis visto al que ama mi alma?

***Apenas hube pasado de ellos un poco,
Hallé luego al que ama mi alma;***

Lo así, y no lo dejé,

Hasta que lo metí en casa de mi madre,

Y en la cámara de la que me dio a luz”.

Cantares 3:1 al 4

Recordemos que en esta historia de amor el rey Salomón había traído a esta humilde joven sulamita desde la zona montañosa de Efraín hasta el palacio en Jerusalén. En estas canciones, la esposa expresa cuán impresionada estaba por todo lo que la rodeaba allí: el palacio, el trono y la mesa

de banquetes del rey. Sus palabras sin duda reflejan su profunda admiración por el Amado.

Sin embargo, cuando Él llegó para despertarla, ella no se levantó rápidamente, sino que lo buscó en su mismo lecho. Y cuando finalmente llegó hasta la puerta, Él ya se había ido. Entonces abrió, lo llamó y salió a las calles, recorrió la ciudad, buscó en las plazas y en todos los lugares, seguramente con la íntima convicción de haber reaccionado demasiado tarde.

La Novia buscó al Amado y, en ese proceso, comprendió que su alma lo anhelaba y que ya no podía vivir sin Él. Lo buscó en distintos lugares, y aunque no lo halló de inmediato, finalmente lo encontró y lo asió para no dejarlo escapar otra vez. Sin embargo, veremos que entre el sueño y la realidad siempre hay un umbral que vuelve a separarlos.

En el capítulo dos, ella no quiso despertar al amor, prefiriendo quedarse en el lecho de flores. Pero en el capítulo tres, después de una separación temporal, sí lo quiso. Se dio cuenta de que no podía vivir sin Su amor. Salió de su zona de comodidad y lo buscó hasta hallarlo. Ese es también el llamado para la Iglesia de hoy.

No obstante, hay un vacío en la figura de la enamorada, y por lo tanto en la Iglesia. Durante todo ese tiempo de búsqueda, ella comprendió cuánto valor tenía Su amor, pero no alcanzó a comprender cuál debía ser su verdadera posición delante del Señor. En otras palabras, la Iglesia se ha deleitado

en el fruto de la obra dolorosa de Cristo, pero no siempre ha permitido que Él disfrute plenamente del resultado de sus sufrimientos. Es decir, la Iglesia ha recibido mucho del Señor, pero Él aún no la ha ganado completamente para Sí.

Es como si ella dijera: *“Mi Amado es mío, pero yo todavía no soy de mi Amado...”*. Esa es la expresión constante de una enamorada escurridiza y misteriosa, que no deja dudas de su amor, pero que permanece entre dormida, sin lograr despertar de manera definitiva.

***“Yo dormía, pero mi corazón velaba.
Es la voz de mi amado que llama:
Ábreme, hermana mía, amiga mía,
Paloma mía, perfecta mía,
Porque mi cabeza está llena de rocío,
Mis cabellos de las gotas de la noche”.***
Cantares 5:2

Es una constante en este libro de Cantares: el Amado la espera, la halaga y la llama una y otra vez. Ella responde con palabras, pero sigue dormida. Él insiste en que no quiere que nadie la despierte, sino que ella misma llegue a desearlo por voluntad propia.

Ella parece despertar, lo busca, pero no lo encuentra; cree hallarlo y, sin embargo, vuelve a dormirse. Sin duda, es una descripción clara de la Iglesia tal como la conocemos: ama al Señor y dice amarlo con gran intensidad; de pronto, se muestra indiferente, dormida, inactiva, fría. Luego se

levanta, canta, alaba, anhela; pero rápidamente cae nuevamente en el letargo espiritual.

Estar enamorados de Jesús no significa necesariamente tenerlo; expresarle palabras hermosas no equivale a disfrutar de Su presencia; reconocer que Él nos ama no basta para despertar. Él solo desea que lo busquemos por amor, que lo deseemos genuinamente y que anhelemos despertar, para que todo lo que hagamos fluya del amor verdadero.

Personalmente, creo que hay muchísimos cristianos que han hecho una de dos cosas: han entristecido al Espíritu Santo por causa del pecado en sus vidas, o han apagado el fuego del Espíritu al no ser obedientes a Él. Esto rompe la comunión y el compañerismo con Cristo y hace que perdamos nuestra alegría.

Ahora bien, eso no quiere decir que hayan perdido la salvación, pero seguramente han perdido la alegría de su salvación. Tampoco creo que hayan perdido al Espíritu Santo: Él aún habita en los creyentes. Sin embargo, seguramente le causan tristeza. Sin duda alguna, podemos perder la perfecta comunión con Dios, y muchos cristianos están padeciendo esa condición.

“Yo dormía, pero mi corazón velaba...” En esta imagen poética, la doncella describe otra experiencia de sueño que se repite. La enamorada escuchó la voz de su amado fuera de la puerta. Él había llegado, ya sea para un encuentro inesperado o para un largo día de cumplir sus

responsabilidades, diciendo: ***“Ábreme, hermana mía, ¡amiga mía...!”***

“Porque mi cabeza está llena de rocío...” La apelación final del amado describe las molestias que había soportado al ir en busca de su amada. Como un pastor que cuida a sus ovejas durante la noche, su cabeza estaba mojada por el húmedo rocío. Tan solo la descripción de sus propias molestias, hechas por amor, debió ser suficiente para encender el corazón de ella, pero no fue así.

“Me he desnudado de mi ropa; ¿cómo me he de vestir?”

He lavado mis pies; ¿cómo los he de ensuciar?”

Mi amado metió su mano por la ventanilla,

Y mi corazón se conmovió dentro de mí.

Yo me levanté para abrir a mi amado,

Y mis manos gotearon mirra,

Y mis dedos mirra, que corría

Sobre la manecilla del cerrojo.

Abrí yo a mi amado;

Pero mi amado se había ido, había ya pasado...”

Cantares 5:3 al 6

En respuesta al cálido llamado del Amado, la doncella contestó únicamente con excusas. Ella estaba cómoda en su cama, y por ello Él no podía entrar. Adujo la inconveniencia de vestirse o la posibilidad de ensuciarse los pies: ***“Me he desnudado de mi ropa; ¿cómo me he de vestir? He lavado mis pies; ¿cómo los he de ensuciar?”*** Increíble, ¿verdad?

Quizás ella simplemente no tenía voluntad para ser molestada; quizás no valoró la naturaleza inesperada de la visita de su amado; o quizá Él llegó más tarde de lo esperado y, por ello, ella se sintió irritada. Tal vez su expresión fue solo una exageración. No podría precisarlo con certeza. Sin embargo, considerando la figura de la Iglesia, esta escena me produce escalofríos.

Es como si ella dijera: “*¿Por qué he de ir tan pronto cuando Él toque mi puerta? Él puede esperar un poco...*” Sin importar la razón específica de su demora, vemos que se tomó demasiado tiempo para levantarse y abrir la puerta. ¡Ojalá que así no ocurra con la Iglesia!

Tal vez su problema no era que no quisiera ir a la puerta, sino que lo hizo tan despacio y poniendo tantas excusas que simplemente llegó tarde. Esta tibia actitud refleja un espíritu insensible. Ella pensaba en su comodidad y no en los deseos de su Amado.

“Mi amado metió su mano por la ventanilla...” La doncella pudo escuchar que su amado había colocado su mano en el mecanismo de la ventanilla. Esta era una clara y última indicación de Su deseo. Luego Él dijo: **“Y mis manos gotearon mirra...”** Cuando finalmente se levantó de la cama y llegó a la puerta, notó que la ventanilla había sido ungida con un dulce perfume. Era otro recordatorio de la belleza y de la calidad del amor de su Amado.

“Abrí yo a mi amado; pero mi amado se había ido...”

Cuando la enamorada finalmente abrió la puerta, superando su auto-indulgencia, pereza y tal vez su deseo de controlar la relación, descubrió que su amado ya se había ido. ¡Ella llegó demasiado tarde otra vez! Entonces dijo: ***“Lo llamé, y no me respondió...”***

Ahora los roles se habían invertido. Donde una vez el Amado llamó y ella no respondió, ahora la doncella llamaba por su Amado y Él no le respondía. Ella había esperado demasiado y esto trabajó en contra de su propio interés.

Sinceramente, creo que la Iglesia no reacciona cuando el Señor la llama a una mayor intimidad. Digo esto como comunicador de Su Palabra. Esta situación me desespera profundamente. No porque yo sea mejor que nadie o más efectivo que mis amados hermanos, sino porque, por la gracia de Dios, tengo la responsabilidad de recibir mensajes de Él y transmitirlos a la Iglesia. Esto me coloca en una ineludible posición de impacto.

Ser portador de Su voz me constituye en un inmerecido protagonista de este asunto. A la vez que recibo la voz del Amado, veo la somnolencia de Su Iglesia, y eso me estremece profundamente. Siento en mi espíritu la vibración de Su amor y en mi piel el rechazo que produce la indiferencia.

***“...Y tras su hablar salió mi alma.
Lo busqué, y no lo hallé;***

***Lo llamé, y no me respondió.
Me hallaron los guardas que rondan la ciudad;
Me golpearon, me hirieron;
Me quitaron mi manto de encima
los guardas de los muros.
Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,
si halláis a mi amado,
Que le hagáis saber que estoy enferma de amor”***
Cantares 5:6 al 8

Una vez que pudo reaccionar, la enamorada buscó y llamó a su amado, extendiendo su búsqueda por las calles de la ciudad. Esto terminó únicamente en decepción, debido a que no pudo encontrarlo, ni recibió ayuda alguna por parte de los guardas de los muros; por el contrario, la maltrataron, la golpearon y le quitaron su manto.

Cuando la Iglesia camina fuera de los tiempos correctos, cuando, en lugar de hacer entrar a su Amado, sale por las calles, sin dudas recibirá maltrato social, puertas cerradas, falta de unción, frío espiritual y angustia real.

“Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén, si halláis a mi amado, que le hagáis saber que estoy enferma de amor”. La súplica de la enamorada hacia las doncellas de Jerusalén muestra que ella llegó a lamentar y sufrir por sus lentas acciones. Ahora decía estar enferma de amor, pero no como se menciona anteriormente en **Cantares 2:5**; aquí estaba dolida por su ausencia.

Esta “enfermedad de amor”, este deseo del alma, no es por salvación, ni siquiera por tener certeza de ella, sino por el gozo de un compañerismo permanente con Él, quien es la vida misma, la luz del alma, la paz que sobrepasa todo entendimiento.

Estoy convencido de que toda la Iglesia despertará de su letargo. Creo que el sentimiento de ausencia, producido por la falta de manifestaciones, milagros, conversiones y llenuras del Espíritu Santo, provocará un hambre, un anhelo, una pasión y una búsqueda implacable por tener más de Él.

Con esto no digo que hoy, Dios no esté presente, ni que nada ocurra. Más bien, estamos recibiendo solo pequeños chubascos de Su presencia, en comparación con lo que vivieron los cristianos del primer siglo. Hoy estamos en tiempos de reforma, buscando presentarle al Rey una plataforma adecuada para la última gran manifestación de Su tercer día (**2 Pedro 3:8**). Ruego por el despertar de muchos ministros que comprendan claramente lo que estamos viviendo (**Oseas 6:1 al 3**).

“Mi amado es blanco y rubio, Señalado entre diez mil. Su cabeza como oro finísimo; Sus cabellos crespos, negros como el cuervo. Sus ojos, como palomas junto a los arroyos de las aguas, Que se lavan con leche, y a la perfección colocada. Sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como fragantes flores; Sus labios, como lirios que destilan mirra fragante. Sus manos, como anillos de oro engastados de jacintos; Su cuerpo, como

***claro marfil cubierto de zafiros. Sus piernas, como
columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino;
Su aspecto como el Líbano, escogido como los cedros.
Su paladar, dulcísimo, y todo él codiciable.
Tal es mi amado, tal es mi amigo,
Oh doncellas de Jerusalén”
Cantares 5:10 al 16***

El Señor es deseable y maravilloso. La Iglesia debe desear Su lluvia tardía, porque a través de ella levantaremos una cosecha como nunca antes y en la celebración de la misma. ¡El Rey vendrá!

***¡Miren que viene en las nubes!
Y todos lo verán con sus propios ojos, incluso quienes lo
traspasaron; y por él harán lamentación todos los pueblos
de la tierra. ¡Así será! Amén.
Apocalipsis 1:7 NVI***



Capítulo tres

¿LA BIBLIA ANUNCIA UN GRAN AVIVAMIENTO FINAL?

“Porque yo derramaré aguas sobre el suelo sediento, y torrentes sobre la tierra seca. Derramaré mi Espíritu sobre tus descendientes, y mi bendición sobre tus vástagos.”

Isaías 44:3

En realidad, muchos de los profetas bíblicos hablaron de un derramamiento del Espíritu de Dios en los últimos tiempos, pero no lo hicieron en el sentido de lo que hoy muchos interpretan como un avivamiento. Es decir, no existe ningún pasaje bíblico que anuncie un derramamiento del Espíritu distinto de lo que comenzó en Pentecostés, como si se tratara de una nueva dispensación. Incluso el pasaje citado de **Isaías 44:3** fue dado a Israel como una promesa de restauración después del exilio babilónico, pero no pudo, ni puede, cumplirse fuera de la era de la Iglesia.

Desde los días de los apóstoles, la Iglesia ha vivido con la certeza de que el tiempo presente está marcado por la espera del regreso de Cristo. Las palabras del Maestro

quedaron grabadas en la memoria de sus discípulos como un fuego ardiente: ***“Vendré otra vez y os tomaré a mí mismo”*** (Juan 14:3). Desde aquel instante, la esperanza escatológica se convirtió en un motor de vida y de fe, no como un concepto lejano o teórico, sino como una verdad que definía la manera de caminar, de orar y de resistir en medio de la persecución.

Por eso, cada generación de creyentes, desde la primera hasta la actual, ha hablado de los tiempos finales, no con la intención de fijar fechas, sino con el anhelo de mantener encendida la lámpara de la fe. Vivir con la mirada puesta en la venida del Señor es vivir en santidad y vigilancia. Ciertamente, los tiempos de Dios no son los nuestros, pero eso no altera Sus promesas; por eso, el mensaje ha permanecido.

Sin embargo, esta última generación contempla un escenario revestido de señales que hacen resonar con fuerza las palabras de la Escritura. Los hombres se han hecho amadores de sí mismos, vanagloriosos, soberbios y sin afecto natural, y la exaltación del yo se ha convertido en el centro de la cultura moderna.

El engaño religioso se multiplica y muchos son arrastrados por doctrinas que diluyen la verdad, predicaciones que entretienen más de lo que transforman y movimientos que buscan emociones antes que obediencia. A esto se suma un mundo en aceleración constante, donde la tecnología ha unido naciones, mercados y sistemas, generando un escenario global de control que parecía

imposible en otros tiempos y que hoy recuerda las visiones proféticas de Juan en la isla de Patmos.

Las convulsiones de la tierra, las guerras, los rumores de guerras, las crisis económicas y climáticas: todo parece indicar que la creación misma gime con dolores de parto. Y en el centro del mapa profético, Israel sigue siendo un testimonio vivo de que la Palabra de Dios no miente, pues el retorno de este pueblo a su tierra y la tensión en Medio Oriente son recordatorios constantes de que los planes del Altísimo se cumplen con precisión.

Todo esto nos llama a estar alertas, no con un espíritu de miedo, sino con la sobriedad de quienes saben que el reloj de Dios avanza con firmeza. Nuestro deber no es especular, sino velar, orar y vivir con un corazón limpio y una misión clara. La Iglesia de hoy debe levantar la cabeza, no para distraerse con los ruidos del mundo, sino para reconocer que la redención total se acerca. Los tiempos finales no son una amenaza para los hijos de Dios, sino la antesala gloriosa del encuentro con el Esposo que regresa por su amada.

Ahora bien, ¿esto implica un avivamiento global de conversiones, milagros, señales y prodigios? En la Biblia, “avivamiento” significa revivir o renovar la vida espiritual de los creyentes: un despertar o restauración espiritual motivado por Dios que lleva al arrepentimiento, a una mayor consagración a Él y a una pasión renovada por Su Palabra y por alcanzar a otros para Cristo. ¿Ocurrirá esto de manera especial en la Iglesia de manera global?

En Pentecostés (**Hechos 2**), Pedro interpretó lo que estaba ocurriendo diciendo: ***“Hombres de Judea y todos los que viven en Jerusalén, sea esto de su conocimiento y presten atención a mis palabras... Esto es lo que fue dicho por medio del profeta Joel: Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré de Mi Espíritu sobre toda carne; y sus hijos y sus hijas profetizarán, sus jóvenes verán visiones, y sus ancianos soñarán sueños; y aun sobre Mis siervos y sobre Mis siervas derramaré de Mi Espíritu en esos días, y profetizarán”*** (Hechos 2:14 al 18, NBLA).

Por lo tanto, aun hoy en día, muchos interpretan que el avivamiento profetizado en **Joel 2:28 al 32** se cumplió hace más de dos mil años con el inicio de la Iglesia, y está bien. Nadie negaría que lo que ocurrió fue extraordinario, porque ese fuego vino primeramente sobre ciento veinte personas que ya estaban convertidas, es decir, ya habían recibido al Espíritu Santo.

Sin embargo, este fuego especial que descendió fue una llama que encendió a los santos del primer siglo y que ha permanecido hasta nuestros días. Incluso lo hará hasta el final, aunque los procesos no han sido fáciles. La historia de la Iglesia muestra varios períodos de gran dificultad. Aun cuando el fuego pareció apagado, siempre se mantuvo encendido, de manera que diferentes soplos del Señor lo han avivado una y otra vez.

Es verdad que Pedro interpretó el día de Pentecostés como lo profetizado por Joel, pero no debemos olvidar que

Joel también habló de la lluvia temprana y la lluvia tardía: ***“Hijos de Sión, regocíjense y alégrense en el Señor su Dios, porque Él les ha dado la lluvia temprana para su vindicación, y les ha hecho descender la lluvia, la lluvia temprana y la tardía como en el principio”*** (Joel 2:23, NBLA).

Para comprender esto, debemos considerar que en Israel la “lluvia temprana” se refiere a las de otoño, producidas en octubre y noviembre, que ablandaban el suelo para la siembra de cereales, mientras que la “lluvia tardía” corresponde a las de primavera, producidas en marzo y abril. Estas últimas aseguraban la maduración y el crecimiento de los cultivos antes de la cosecha final.

Ambas lluvias eran esenciales y consideradas una bendición divina que permitía el éxito de los cultivos y la renovación del agua; su ausencia podía ser vista como una maldición. Si aplicamos esto a lo ocurrido en Pentecostés, es claro que el derramamiento del Espíritu Santo fue la lluvia temprana, cuando comenzó a sembrarse la semilla del evangelio por primera vez.

Ante esto, diría que durante más de dos mil años la Iglesia se ha mantenido con diferentes avivamientos o despertares espirituales. Pero, antes de la gran cosecha final, podríamos esperar una lluvia tardía, la cual dará cierre a esta etapa de la Iglesia tal como la conocemos. No deseo forzar una interpretación con la intención de justificar un evento tan trascendente como un avivamiento; hacerlo sin fundamentos

claros podría generar falsas expectativas, y no es mi intención. Lo que aplico es una interpretación lógica de la Palabra, porque la Iglesia lo necesitará.

Hay cosas que no van a mejorar, sino que empeorarán. Ante la decadencia moral de la sociedad, habrá una creciente liviandad y apostasía que intentará apagar a la Iglesia. Sin embargo, el Espíritu no dejará de soplar sobre muchos hermanos y, en algunos aspectos, lo hará de manera muy especial. Esto es lo que pretendo comprobar y lo que debemos entender con claridad.

Ahora bien, justamente porque no deseo generar falsas expectativas, considero que durante toda la era de la Iglesia podemos ver una constante permanencia del Señor y diversos avivamientos que han impulsado avances, reformas y crecimiento. Tal vez algunos no lo vean de esa manera, pero si miramos las estadísticas, no podemos negar el crecimiento sostenido del cristianismo, más allá de aquello que aún debe ser sanado: la diversidad doctrinal que tristemente hemos manifestado a lo largo de la historia.

Si hubiéramos vivido en la época del Antiguo Testamento y observáramos lo que hoy tenemos, cristianos en cada nación, evangelizando activamente y traduciendo las Escrituras para alcanzar a cada tribu e idioma, probablemente lo llamaríamos un avivamiento increíble, más allá de lo que podríamos haber imaginado. Lo mismo podríamos decir si hubiéramos estado en el primer siglo junto a los apóstoles. Sin ignorar las etapas de oscuridad, no podemos negar que la

Iglesia ha crecido exponencialmente desde el día de Pentecostés hasta nuestros días.

De todas maneras, considero que habrá un despertar y un avivamiento en el sentido de un fuego purificador, porque estas diferencias doctrinales a las que me refiero deben ser allanadas, al menos en un gran remanente de la Iglesia. Esto no puede ocurrir sin una intervención divina que produzca quebranto y una humildad capaz de ordenarnos conforme a la voluntad de Dios.

Aclaro que esto no sucederá en toda la Iglesia, pero sí creo que una gran parte de ella se derramará en arrepentimiento ante el Señor, inclinándose en renunciamentos y reformas capaces de ajustar la fe a la verdad divina. Hoy estamos viviendo grandes divergencias, y una Iglesia así no podrá resistir las hostilidades que ofrecerá el sistema, porque el Señor lo dijo claramente: ***“Un reino dividido no puede prevalecer” (Mateo 12:25).***

Debo ser claro en esto, y por eso lo reitero: creo que hay cosas que en general se pondrán peor, no mejor. Pero, al mismo tiempo, creo que habrá un remanente que entrará en dimensiones de pureza verdadera para que la Iglesia pueda ser un faro en medio de tantas tinieblas, especialmente en los tiempos de hostilidad que se avecinan.

En **Mateo 24:14**, Jesús dice que el evangelio será predicado en todo el mundo, y entonces vendrá el fin. Jesús no indica cuál será la respuesta a la predicación, pero unos

versículos antes afirma: *“Muchos se apartarán de la fe entonces... se levantarán muchos falsos profetas, y a muchos engañarán. Y debido al aumento de la iniquidad, el amor de muchos se enfriará”* (Mateo 24:10-12, NBLA). Sin dudas, esta será una clara señal de la recta final, y además revela que una porción de la Iglesia será afectada por estos engaños.

En otra ocasión, Jesús preguntó retóricamente: *“Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”* (Lucas 18:8). Ante la hostilidad global, la fe verdadera será puesta a prueba; de hecho, ya lo está siendo, aunque muchos no logran percatarse de ello y caminan en liviandad, sin comprender la urgencia de ajustarse a la voluntad divina. Mientras persistan tantas diferencias en el liderazgo, es señal de que el orgullo aún permanece.

Jesús dijo que edificaría Su Iglesia (**Mateo 16:18**), y nunca ha dejado de hacerlo. Él no ha fallado ni fallará en esto. La Iglesia ha atravesado períodos de avivamiento y gran crecimiento, así como etapas de aparente estancamiento y apostasía. Ha vivido tiempos de ajustes y reformas, pero también tiempos de resistencia al Espíritu Santo. En todo ello, el Señor ha mostrado gran paciencia; sin embargo, de cara al final, todo orgullo deberá ser sacudido.

Jesús nunca enseñó que habría un avivamiento global en los últimos días antes de la tribulación, ni durante ella. Al menos no lo presentó como una promesa de crecimiento exponencial y demostraciones sobrenaturales. Pero es claro

que Él viene a encontrarse con una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga (**Efesios 5:27**). Esto implica un remanente que sí tendrá un amor ardiente, que sí tendrá fe y que sí estará velando como las vírgenes sensatas. Esto nos permite afirmar que, sin duda, habrá en muchos corazones un avivamiento final de purificación.

Este es el fundamento de este libro: comprender que los anuncios proféticos de tibieza espiritual, apostasía, engaño y error no serán parte de una copa que todos debemos beber. Si estamos alertas, si derramamos nuestro corazón en humildad, podremos ser parte de ese remanente glorioso, capaz de sostener la verdad no diluida y el fuego permanente del Espíritu Santo.

El apóstol Pablo, escribiendo a Timoteo, expresó: ***“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia”*** (1 Timoteo 4:1 y 2). Esto no es para todos; afectará a quienes caminen engañados por los cantos de sirena de falsos ministros.

Desde siempre, la gente ha buscado la manifestación de lo sobrenatural, pero Dios no tiene un circo. Él no tiene nada que probar, y por lo tanto no hará nada solo para demostrar o complacer a quienes demanden señales. Él hará lo que debe hacer por causa de Su propósito, no por los deseos humanos.

Si queremos comprender cómo se manifestará el Espíritu en los últimos tiempos, debemos leer los evangelios y el libro de los Hechos de los Apóstoles. Allí encontramos señales y prodigios, pero siempre ligados a la manifestación del Reino. Esto ocurre de manera natural cuando el mensaje es correcto y las intenciones son las del Espíritu. Entonces suceden cosas, pero esas cosas no son el fin, sino el resultado lógico de caminar en la unción verdadera.

Ahora bien, si la Iglesia se purifica y permite que el Espíritu Santo la dirija para funcionar como Jesús en los evangelios, o como la Iglesia pionera, entonces podemos decir que habrá un avivamiento, porque solo una Iglesia que funciona en pureza es una Iglesia sin mancha y sin arrugas.

Pablo también escribió: ***“Pero debes saber esto: que en los últimos días vendrán tiempos difíciles”*** (2 Timoteo 3:1, NBLA). Notemos la descripción de esos días: serán difíciles; de hecho, ***“los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados”*** (2 Timoteo 3:13). Esto implica que el pecado y la impureza crecerán, aunque también significa, imperiosamente, que la gracia aumentará para un remanente fiel (**Romanos 5:20**).

De manera general, en el mundo y en la Iglesia global habrá una clara evidencia final: ***“los hombres serán amadores de sí mismos, avaros, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, irreverentes, sin amor, implacables, calumniadores, desenfrenados, salvajes, aborrecedores de lo bueno,***

traidores, impetuosos, envanecidos, amadores de los placeres en vez de amadores de Dios; teniendo apariencia de piedad, pero habiendo negado su poder” (2 Timoteo 3:2-5, NBLA).

Esta advertencia no puede entenderse sin considerar al mismo tiempo la existencia de un remanente fiel. Ahí es donde veo la gracia, ahí es donde vislumbro un avivamiento de purificación final. Un informe publicado en 2025 indica que hay aproximadamente 2.5 mil millones de cristianos en el mundo. De estos, debemos quitar un porcentaje de los que dicen ser cristianos pero en realidad no lo son, y luego considerar solo un remanente que se mantendrá encendido en el Espíritu. Sobre este grupo, creo que la gracia derramará un avivamiento purificador que los hará aptos para ese estado glorioso, digno de recibir al Rey.

Lamento tener que mostrar el contraste sobre el cual funcionará la Iglesia gloriosa, pero es necesario que lo comprendamos. En otra epístola, Pablo vuelve a decir que los últimos días se caracterizarán por la apostasía, no por un fuego espiritual generalizado: ***“No se dejen engañar por lo que dicen. Pues aquel día no vendrá hasta que haya una gran rebelión contra Dios y se dé a conocer el hombre de anarquía, aquel que trae destrucción” (2 Tesalonicenses 2:3, NTV).***

La predicción de Pablo acerca de una apostasía antes de la manifestación del Anticristo sugiere que lo que ocurrirá será lo contrario de un avivamiento absoluto sobre toda la

Iglesia. Será un alejamiento de la verdad, ya que el amor de muchos se enfriará, y muchos que profesan ser creyentes abandonarán la fe y rechazarán la enseñanza bíblica en los días previos a la venida del Señor. Sin embargo, en medio de este contraste, la Iglesia gloriosa brillará.

Reitero: ante esto, se desprende una conclusión lógica que debe cumplirse sí o sí. Y es que, frente a la creciente oscuridad, habrá un remanente fiel. Esto no se producirá por voluntad o esfuerzo humano, sino por la gracia soberana del Señor. Esto implica un avivamiento en los corazones de muchos cristianos, entre los cuales espero que podamos contarnos.

“...Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias...”

Apocalipsis 2:10 y 11



Capítulo cuatro

EL LLAMADO A LA PURIFICACIÓN FINAL

“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.”

Efesios 5:25 al 27

La Iglesia de Jesucristo atraviesa un tiempo decisivo, un umbral en el que el Señor mismo la está llamando a despertar de su sueño, a levantarse de su letargo y a volver a brillar con la pureza de su luz en medio de una generación que se hunde cada vez más en tinieblas.

Desde los primeros días, la comunidad de fe ha sido advertida de la necesidad de velar, de mantenerse firme, de perseverar en la santidad y en la esperanza bienaventurada del regreso de Cristo. Sin embargo, en este tiempo se percibe con mayor intensidad un clamor que brota del corazón de Dios y resuena como trompeta, llamando a Su pueblo a la

purificación final, aquella que antecede a la manifestación plena de Su gloria.

Como vimos en el capítulo dos, el despertar de la Iglesia no es un lujo ni un recurso retórico de los predicadores: es una urgencia espiritual. La novia de Cristo no puede permanecer adormecida ni distraída, porque el Esposo viene en un día y en una hora que nadie conoce. Es de vital importancia comprender los eventos globales que están sucediendo y activar el discernimiento espiritual para estar atentos y sensibles a los movimientos divinos.

“Pero ustedes, hermanos, no están en la oscuridad, para que el día del regreso del Señor los sorprenda como un ladrón.”

1 Tesalonicenses 5:4 DHH

Cada generación ha tenido su parte en este proceso, pero la nuestra se encuentra frente a un escenario en el que la luz y las tinieblas crecen en paralelo, como lo anunció el profeta Isaías: ***“He aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria” (Isaías 60:2)***. Este contraste pone en evidencia la necesidad de que la Iglesia se levante limpia, sin mancha ni arruga, como Pablo escribió a los efesios, para ser presentada como una esposa gloriosa, santa e irreprochable.

No se trata de un llamado superficial ni de una reforma externa, sino de un proceso profundo en el que Cristo mismo,

como fuego purificador, pasa en medio de Su pueblo para refinarlo como se refina el oro y la plata.

El profeta Malaquías habló de aquel que se sentará como fundidor y purificador de la plata (**Malaquías 3:3**). Esta palabra encuentra eco en nuestro tiempo, porque no hay otro medio de preparación más que el fuego santo de Dios, que consume la escoria, quema la contaminación y deja resplandecer el verdadero brillo de la fe. Tal fuego no es para destrucción de los hijos de Dios, sino para su purificación, porque el Padre tiene un propósito eterno: una Iglesia gloriosa que refleje la hermosura de su Hijo.

“Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios. Y si comienza por nosotros primero, ¿cuál será el fin de los que no obedecen al evangelio de Dios?”

1 Pedro 4:17 NBLA

El apóstol Pedro anunció con firmeza que el juicio comienza por la casa de Dios, y esto nos incomoda porque solemos pensar en juicio únicamente hacia el mundo incrédulo. Pero el Espíritu nos recuerda que antes de juzgar a las naciones, el Señor juzgará a Su pueblo, no para perdición, sino para corrección y avance.

Este juicio no es para condenación, sino para corrección y purificación, porque quien ha sido llamado a llevar Su nombre también está llamado a reflejar Su santidad. La Iglesia, por tanto, debe mirarse en el espejo de la Palabra y dejar que la espada del Espíritu penetre hasta lo más

profundo, separando lo santo de lo profano, lo verdadero de lo aparente, lo eterno de lo pasajero.

Hoy más que nunca este proceso es urgente, porque vivimos en medio de una apostasía creciente. Muchos, en lugar de rendirse a la verdad del evangelio, se han entregado a doctrinas de hombres, a filosofías vacías y a mensajes diluidos que entretienen, pero no transforman.

Lo que el apóstol Pablo advirtió a los tesalonicenses se está cumpliendo: la gran apostasía precederá al hombre de pecado, y ya se ven sus raíces extendiéndose en diferentes sectores de la iglesia visible. El engaño no llega de manera abrupta, sino disfrazado de piedad, adornado con palabras suaves, con apariencias de amor y unidad, pero negando la verdad central de Cristo y de Su evangelio eterno.

Por eso el llamado del Señor es claro: volver a la Palabra, a la verdad inmutable del evangelio del Reino y del Nuevo Pacto. No necesitamos adornos retóricos ni novedades teológicas que solo distraen al pueblo de Dios; necesitamos volver a la pureza de lo que Cristo enseñó y de lo que los apóstoles confirmaron con sus vidas. La Palabra viva es la que engendra la fe, la que limpia el corazón, la que da dirección al camino, la que corta el engaño y revela la verdad. Solo cuando el pueblo de Dios se aferre nuevamente a esta Palabra eterna podrá resistir la ola de apostasía que inundará los tiempos del fin.

La Iglesia está siendo llevada a un proceso de separación entre lo que es de la luz y lo que pertenece a las tinieblas. Nunca antes este contraste fue tan evidente como ahora, y es necesario comprender que la intensificación de ambos reinos no es casualidad, sino cumplimiento profético.

El Espíritu Santo está preparando a la esposa para la boda final, y esa preparación solo puede darse en un ambiente de purificación. La pureza de la Iglesia no será fruto de estrategias humanas ni de programas, sino del obrar sobrenatural de Cristo, que viene como fuego y como lavador para dejar un pueblo listo para el día de su encuentro.

***“Pero, ¿quién podrá permanecer de pie cuando aparezca?
¿Quién podrá soportar el impacto que provocará su
venida? Porque será tan poderosa como el intenso fuego
que se utiliza para purificar metales preciosos, y actuará
como una poderosa lejía de lavadero cuando empiece a
purificarlos a ustedes.”***

Malaquías 3:2 NBV

La purificación a la que el Señor nos llama no es simplemente un ideal religioso, sino una obra concreta que transforma la vida de Su pueblo en cada área. El Espíritu Santo no está interesado en producir creyentes conformistas que se amolden a la cultura de este siglo, sino discípulos radicales que reflejen el carácter del Hijo de Dios en medio de una generación torcida.

Cuando Pablo escribió que Cristo se entregó a sí mismo por la Iglesia para santificarla, limpiándola con el lavamiento del agua por la Palabra (**Efesios 5:25 al 27**), estaba revelando que la meta de la redención no es solo librarnos de la condenación, sino hacernos partícipes de una vida santa, pura y consagrada. La purificación final no es un evento aislado, sino la consumación de ese proceso de santificación que comenzó en la cruz y que culminará en la presentación gloriosa de la novia ante su Esposo.

El fuego del Señor, aunque muchas veces nos incomoda, es indispensable para esta obra. El oro no se refina en aguas tranquilas, sino en el horno ardiente. De igual manera, la fe genuina se fortalece cuando atraviesa pruebas, cuando el fuego revela la autenticidad de lo que permanece.

En este sentido, la purificación no debe ser vista como castigo, sino como el trato amoroso de un Padre que disciplina a los que ama y que no permite que sus hijos se queden estancados en la mediocridad espiritual. El problema de muchos creyentes hoy, no es la falta de conocimiento teórico de la Biblia, sino la falta de pureza interior que impide que esa Palabra dé fruto verdadero. No lo planteo para juzgar a nadie, sino para evidenciar los engaños del sistema actual, capaz de afectar el corazón de los cristianos.

Por eso, el juicio que comienza por la casa de Dios es, en realidad, una expresión de misericordia. El Señor no quiere una Iglesia tibia ni dividida en su corazón, sino un pueblo íntegro para Él. Cuando el fuego purificador se

enciende, no lo hace para aniquilar, sino para separar lo valioso de lo vano, lo eterno de lo perecedero, lo que agrada al Espíritu de lo que lo entristece. No es tiempo de huir del trato de Dios, sino de rendirnos a Su obrar, de dejar que Su luz alumbre cada rincón oculto, que Su verdad exponga lo que se esconde en la penumbra, y que Su gracia restaure lo que fue corrompido.

No podemos negar que la apostasía se ha vuelto un signo visible de nuestros días. Vemos templos llenos de multitudes que buscan solo prosperidad, pero no transformación; líderes que manipulan con carisma, pero carecen de santidad; mensajes que entretienen, pero no confrontan.

Todo esto constituye una señal clara de que el enemigo ha sembrado cizaña en medio del trigo, y la única manera de discernir la diferencia es por el fruto que cada árbol produce. La purificación final viene para separar con claridad lo genuino de lo falso, la verdad de la mentira, lo que tiene raíz en Cristo de lo que ha sido sembrado por el enemigo.

El apóstol Pablo, al hablar de la gran apostasía, no lo hizo con un espíritu de resignación, sino de advertencia. Sabía que el engaño sería poderoso, al punto de arrastrar a quienes no recibieron el amor de la verdad. Esta expresión, ***“el amor de la verdad”*** (2 Tesalonicenses 2:10), revela el núcleo de la purificación: no se trata solo de conocer doctrinas correctas, sino de amar la verdad con todo el corazón. Un creyente puede tener información bíblica, pero

si no ama la verdad, tarde o temprano terminará seducido por el error. Amar la verdad significa abrazar a Cristo en cada aspecto de la vida, rechazar toda sombra de mentira y permanecer fiel aunque el precio sea alto.

Este llamado a la purificación es, en esencia, un llamado al arrepentimiento continuo. No basta con haber comenzado bien; es necesario permanecer en humildad, reconociendo que siempre habrá áreas que el Espíritu debe limpiar y transformar.

El orgullo religioso ha hecho mucho daño, porque ha levantado cristianos que presumen de espiritualidad, pero que resisten la obra de la cruz en lo profundo de su carácter. Solo cuando volvemos a la Palabra como espejo, y dejamos que el Espíritu nos confronte, se produce la verdadera santidad. El evangelio del Reino no consiste en palabras adornadas, sino en poder que transforma y en vida que refleja al Rey.

La purificación también tiene una dimensión comunitaria. No se trata solo de individuos que buscan santidad, sino de un cuerpo que se deja formar y moldear por el Señor. La Iglesia como colectivo está llamada a ser columna y baluarte de la verdad (**1 Timoteo 3:15**), una ciudad asentada sobre un monte que no se puede esconder (**Mateo 5:14**).

Pero si esa Iglesia pierde su unción, ¿cómo será luz para las naciones? El llamado final es a volver al Pacto del Señor, a la Palabra que nos fue dada, a las sendas antiguas

que siempre han guiado a los santos. Este regreso no es nostalgia, es obediencia, porque el evangelio no necesita actualización cultural, sino encarnación fiel en cada generación.

Estamos, pues, en el umbral de una purificación que no es opcional, sino necesaria. El Señor mismo está soplando sobre su Iglesia, removiendo lo que es débil y levantando un pueblo fuerte en el Espíritu. El contraste entre luz y tinieblas se intensificará aún más, y cada creyente deberá decidir en qué lado permanecerá.

No hay neutralidad posible: o vivimos en la verdad y somos purificados por el fuego, o nos dejamos arrastrar por el engaño y la corrupción de este siglo. La pureza es el sello de los que verán al Señor, porque está escrito que sin santidad nadie le verá **(Hebreos 12:14)**.

La purificación final no es un fin en sí mismo, sino el medio para que la gloria de Cristo se manifieste en una Iglesia que se levanta radiante en medio de la oscuridad. Isaías anunció que la luz del Señor brillaría sobre su pueblo mientras tinieblas cubrían la tierra. Este contraste no debe atemorizarnos, sino impulsarnos a comprender que, cuanto más densa se haga la oscuridad en las naciones, más resplandecerá la luz de los hijos de Dios. No estamos llamados a escondernos ni a ceder terreno, sino a levantarnos en santidad, sabiendo que la pureza de la Iglesia será un testimonio vivo ante un mundo sediento de verdad.

La obra de Dios en estos tiempos finales es doble: por un lado, la purificación de su Iglesia; por otro, la cosecha de las naciones. Ambos procesos están íntimamente ligados, porque solo una Iglesia limpia, sin mancha ni arruga, puede ser instrumento eficaz en la gran cosecha.

Una Iglesia dividida, contaminada o tibia jamás podrá impactar con poder. El Señor está levantando un remanente que lo refleje con integridad, que anuncie el evangelio del Reino con autoridad y que se convierta en faro en medio del caos cultural y espiritual de nuestra generación.

Apocalipsis nos da una visión gloriosa de esta cosecha: una multitud incontable de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en sus manos. Esa multitud no será fruto de un esfuerzo humano, sino del mover soberano de Dios en medio de los tiempos finales.

Sin embargo, el instrumento elegido para anunciar el mensaje sigue siendo la Iglesia. De ahí la urgencia de la purificación: el Señor no pondrá Su tesoro más precioso en vasos que rehúsan ser limpiados. El avivamiento que tanto anhelamos no vendrá sobre estructuras religiosas vacías, sino sobre corazones rendidos, quebrantados y purificados.

Por eso debemos entender que la purificación es también un llamado a la misión. No podemos limitarnos a esperar pasivamente la venida de Cristo, como si fuéramos simples espectadores de la historia. Hemos sido

comisionados a proclamar el evangelio en todas las naciones, y este mandato se cumple con mayor poder cuando la Iglesia refleja la santidad del que la envió. El fuego que purifica también enciende la pasión por las almas, la valentía para proclamar la verdad y la compasión para alcanzar a los perdidos. Una Iglesia purificada no se encierra, sino que se expande como río de vida en medio del desierto.

La tensión entre luz y tinieblas seguirá aumentando. Veremos cómo el mundo se sumerge más en la mentira, en la idolatría y en la rebelión contra Dios, pero también veremos cómo el Espíritu Santo derrama gracia sobre los que se humillan y buscan su rostro.

En esa tensión se definirá el carácter de la verdadera Iglesia, que no será confundida con la multitud religiosa, sino reconocida por su amor a la verdad, su fidelidad al evangelio y su pureza en medio de la corrupción. Esta Iglesia será perseguida, pero también será gloriosa; será probada, pero también será fortalecida; será atacada, pero jamás derrotada, porque las puertas del Hades no prevalecerán contra ella.

El llamado de Dios en este tiempo no admite indiferencia. La purificación no puede posponerse, ni delegarse a otros, ni vivirse de manera superficial. Cada creyente debe decidir si permite que el fuego del Espíritu consuma lo que estorba, o si prefiere aferrarse a la comodidad de una fe tibia que, en última instancia, no resistirá la prueba.

Cada congregación debe discernir si se rendirá a la Palabra que santifica, o si seguirá buscando adaptarse a las modas del mundo. Cada pastor y líder debe examinar si predicará la verdad que confronta, o si continuará ofreciendo un mensaje diluido que adormece a los oyentes.

La purificación final es, al mismo tiempo, una promesa y una advertencia. Promesa, porque asegura que Cristo tendrá una esposa gloriosa, vestida de lino fino, blanco y resplandeciente (**Apocalipsis 19:8**). Advertencia, porque quienes se nieguen a ser limpiados quedarán expuestos a la confusión de la apostasía y al poder del engaño. La misericordia de Dios todavía se extiende, pero no será indefinida: hoy es el día aceptable, hoy es el tiempo de volvernos a Él con todo el corazón.

El Señor está llamando a su Iglesia a dejar atrás toda superficialidad, a desechar toda mezcla, a abandonar toda dependencia de estrategias humanas y a rendirse por completo al obrar del Espíritu. El fuego ya está encendido, y lo que el Padre busca es una generación que no tema arder para Él, que esté dispuesta a ser refinada, que abraza la cruz como camino de victoria y que viva con la mirada puesta en el Esposo que pronto viene.

El llamado a la purificación final no es una voz lejana, es el clamor del Espíritu en este mismo momento. Es una trompeta que resuena, llamando a despertar, a velar y a preparar el corazón. Porque pronto el Esposo vendrá, y quienes estén listos entrarán con Él a las bodas, pero los que

se hayan quedado con lámparas vacías, distraídos en el engaño del mundo, quedarán fuera (**Mateo 25:1 al 13**).

El Espíritu y la Esposa dicen: **“Ven” (Apocalipsis 22:17)**. Y a ese clamor se une la exhortación más urgente de nuestra generación: que cada hijo de Dios se levante, se limpie en la sangre del Cordero, permita que el fuego lo purifique y brille con la santidad que glorifica a Cristo.

El tiempo de la purificación final ha llegado. Este no es un mensaje para mañana, es un llamado para hoy. Porque la luz ya está amaneciendo sobre la Iglesia, y la gloria del Señor será vista en medio de ella. Quienes abracen este fuego participarán en la gran cosecha de naciones y serán parte de esa multitud incontable que adorará eternamente al Cordero. Por eso, ¡despierta, Iglesia preciosa! El Esposo viene. Revístete de lino fino, deja que el Espíritu Santo te purifique y levántate como testimonio vivo de la gloria de tu Rey.

“Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino son las acciones justas de los santos.”

Apocalipsis 19:8



Capítulo cinco

EL ESPÍRITU SANTO EN LA PURIFICACIÓN FINAL

“¿Quién podrá soportar el tiempo de su venida? Porque Él es como fuego purificador y como jabón de lavadores; y se sentará para afinar y limpiar a la plata...”.

Malaquías 3:2 y 3

El Espíritu Santo es el gran protagonista de la purificación final de la Iglesia. Sin Él, toda reforma es superficial, todo esfuerzo humano es insuficiente, y toda disciplina espiritual se convierte en mero legalismo. Es el Espíritu quien guía a la Iglesia hacia la verdad y la santidad, porque no hay santificación posible fuera de su obra.

Cristo prometió que el Espíritu Santo vendría para conducirnos a toda la verdad (**Juan 16:13**), y esa promesa encuentra su clímax en los tiempos finales, cuando la Iglesia es llamada a permanecer fiel en medio de un mundo plagado de engaños y confusiones espirituales.

La Iglesia, por tanto, no puede caminar sin la plenitud del Espíritu. El avivamiento y la purificación que anhelamos no se producirán por estructuras organizativas, ni por la elocuencia de los predicadores, ni por estrategias de trabajo bien elaboradas. No serán los congresos, ni los eventos multitudinarios los que producirán un avivamiento, sino la obra soberana del Espíritu Santo.

Solo el Espíritu puede preparar a la esposa del Cordero para el encuentro final. Su obra es interna y profunda: ilumina, convence, revela, fortalece y capacita. No se conforma con limpiar la superficie, sino que penetra en lo más íntimo del corazón para arrancar lo que no corresponde al Reino y plantar la semilla de la santidad.

El ministerio del Espíritu Santo en la Iglesia es múltiple y perfecto. Es Él quien da luz en medio de las tinieblas, abriendo los ojos espirituales para discernir entre lo verdadero y lo falso, entre lo santo y lo profano. Sin su luz, los creyentes caminaríamos en la penumbra de la tradición humana o terminaríamos seducidos por la mentira de este siglo.

Pero donde Él alumbra, toda oscuridad se desvanece, la confusión se aclara y toda obra oculta queda expuesta. Esta obra luminosa es esencial en la purificación final, porque no podemos combatir lo que no vemos ni renunciar a lo que no reconocemos como contrario a la voluntad de Dios.

Junto con la luz, el Espíritu da convicción. No basta con saber que algo está mal; es necesario experimentar la convicción interna que nos lleva al arrepentimiento y a la transformación. Esta convicción no es condenación, sino un toque de amor que despierta la conciencia y nos conduce a la cruz de Cristo.

La purificación final de la Iglesia requiere una generación de creyentes que no huyan de esta convicción, sino que la reciban como un acto de misericordia. Solo aquellos que permiten al Espíritu convencerlos, corregirlos y guiarlos podrán ser presentados como una esposa sin mancha ni arruga.

El Espíritu Santo también es dador de sabiduría espiritual y de revelación. En tiempos de confusión doctrinal y de proliferación de falsos maestros, la Iglesia necesita discernir con claridad la voz de Dios. Esa capacidad no proviene de la erudición académica ni del razonamiento humano, sino del Espíritu que abre el entendimiento y revela lo profundo del corazón del Padre.

La sabiduría espiritual no es acumulación de conceptos, sino percepción viva de la voluntad de Dios en cada situación. La purificación final exige una Iglesia que no dependa de la carne ni de estrategias humanas, sino que sepa caminar bajo la revelación continua del Espíritu.

Pero el Espíritu no solo da luz y sabiduría, también otorga autoridad. La autoridad espiritual no es un título ni una

posición jerárquica, sino la capacidad de actuar conforme a la voluntad de Dios y de ejercer dominio en el ámbito espiritual.

Una Iglesia purificada es una Iglesia que recupera su autoridad, no porque haya conquistado prestigio humano, sino porque ha sido sometida al Espíritu Santo. La autoridad sin pureza es peligrosa, porque se convierte en manipulación. La pureza sin autoridad es incompleta, porque carece de impacto. Solo cuando el Espíritu gobierna, la Iglesia actúa con la autoridad legítima que el Padre le confió en Cristo.

La plenitud del Espíritu también se manifiesta en poder. Ese poder no es para exhibición ni para entretenimiento, sino para manifestar el Reino de Dios en la tierra. Los tiempos finales demandan una Iglesia que viva y demuestre el evangelio con señales, prodigios y transformaciones reales. No necesitamos manipular audiencias para simular fuego cuando no lo hay; solo debemos operar en la unción genuina, y Dios hará lo que Él desea.

El Espíritu da poder para sanar, liberar, predicar con denuedo y vencer las tinieblas, pero ese no es el fin que debemos perseguir: nosotros solo debemos buscar Su presencia. Él debe ser nuestro único enfoque. Entonces veremos que el poder del Espíritu Santo no es un poder abstracto, sino la fuerza misma de Dios operando en vasos purificados. La purificación final es necesaria para que ese poder no se contamine con ambiciones humanas ni se use

para beneficio personal, sino para la gloria de Cristo y la expansión de Su Reino.

A la luz de todo esto comprendemos que el Espíritu Santo no es un añadido opcional a la vida de la Iglesia: es su esencia, su vida, su fuerza, su guía. Una Iglesia que ignora al Espíritu o que lo reduce a un mero ritual es una Iglesia sin vida. Una Iglesia que lo honra, lo obedece y se rinde a su obrar es una Iglesia viva, poderosa y preparada para los tiempos finales. La purificación que necesitamos no será producto del esfuerzo humano, sino del Espíritu que se derrama en plenitud sobre un pueblo que ha decidido devolverle el gobierno.

El Espíritu Santo no solo es fuego que purifica ni luz que ilumina, también es el consuelo y la fortaleza que nos sostienen. En medio de la purificación, la Iglesia atravesará pruebas, persecuciones, pérdidas y desiertos espirituales que, de no ser por el consuelo del Espíritu, terminarían llevándonos al desaliento y a la frustración.

Su presencia no elimina el sufrimiento, pero lo transforma en oportunidad para conocer más profundamente el amor de Cristo. Cada lágrima derramada bajo su amparo se convierte en semilla de fortaleza, cada herida es sanada con bálsamo divino, cada noche oscura se ilumina con la esperanza que Él derrama en el corazón. La purificación final no sería soportable si no fuera por su ministerio constante de consolación y fortaleza.

Ese mismo Espíritu es también quien infunde gozo en medio de la adversidad. No hablamos de un gozo pasajero ni superficial, sino del gozo espiritual que proviene de sabernos amados, redimidos y sostenidos por Dios. Nehemías declaró que ***“el gozo del Señor es nuestra fortaleza”*** (Nehemías 8:10), y esa verdad cobra mayor sentido en los tiempos finales. Hace un tiempo escribí un libro titulado: “El poder del gozo espiritual”, que realmente les recomiendo leer, porque contiene una enseñanza que Dios me entregó en los tiempos de pandemia y que será muy útil en los tiempos de aflicción final.

El Espíritu produce un gozo que no depende de las circunstancias externas, sino de la comunión interna con Cristo. Es ese gozo el que libra al creyente de la amargura, de la desesperanza y del miedo; es ese gozo el que permite a la Iglesia cantar en la cárcel, perseverar en la prueba y mantenerse firme en medio de la oposición. El gozo espiritual es señal de una Iglesia madura, porque revela que su fortaleza proviene de lo eterno y no de lo circunstancial.

Además, el Espíritu Santo se manifiesta a través de dones, frutos, talentos, capacidades y virtudes, que en conjunto edifican y purifican a la Iglesia. El fruto del Espíritu es la evidencia visible de una vida transformada: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza.

Cada uno de estos frutos es como un espejo en el que la Iglesia debe mirarse para reconocer cuánto del carácter de

Cristo ha sido formado en ella. La purificación final no será medida por el número de milagros ni por la magnitud de ministerios visibles, sino por la calidad del fruto espiritual en la vida del pueblo de Dios.

Pero, junto con el fruto, el Espíritu da dones para el servicio. Estos dones no son trofeos para exhibición, sino herramientas para edificar el cuerpo de Cristo y para manifestar el Reino en el mundo. Palabra de sabiduría, palabra de ciencia, fe, sanidades, milagros, profecía, discernimiento de espíritus, lenguas e interpretación de lenguas: todos ellos son expresiones de la gracia multiforme del Espíritu **(1 Corintios 12:4 al 11)**.

La Iglesia purificada no descuida los dones, sino que los anhela y los ejercita con orden, amor y dependencia del Espíritu. Una comunidad que devuelva el gobierno al Espíritu experimentará cómo los dones se convierten en canales de edificación mutua y de testimonio poderoso ante los incrédulos.

El Espíritu también distribuye talentos y capacidades naturales que, al ser entregados en sus manos, se convierten en instrumentos para el Reino. No hay aspecto de la vida del creyente que quede fuera de su obrar: el arte, la enseñanza, la música, la ciencia, la administración... todo puede ser santificado y potenciado por el Espíritu para servir a Dios y bendecir a los demás. La purificación final incluye esta entrega completa: poner en manos del Espíritu no solo

nuestra vida espiritual, sino cada don y capacidad que Él nos ha dado, para que sea usado en el plan eterno del Padre.

Es importante recordar que el Espíritu Santo no se impone a la fuerza. La Escritura advierte que podemos resistirlo, entristecerlo o apagarlo (**Efesios 4:30**). Esta es una de las tragedias más grandes de la Iglesia contemporánea: haber reemplazado al Espíritu por estructuras humanas, programas elaborados y estrategias de marketing espiritual. Sin embargo, ninguna de estas cosas puede sustituir al Espíritu Santo, porque solo Él tiene la capacidad de guiar a la Iglesia a la verdad plena, fortalecerla en medio de la prueba y prepararla para el encuentro final con Cristo.

La purificación final, por tanto, requiere devolver el gobierno de la Iglesia al Espíritu Santo. Esto significa que nuestras agendas deben ser sometidas a Su dirección, nuestros planes ministeriales deben estar sujetos a Su guía y nuestras decisiones deben estar inspiradas por Su voz.

Una Iglesia gobernada por el Espíritu no se mueve por intereses políticos ni por presiones culturales, sino por la voluntad del Padre revelada en Cristo. El Espíritu no busca protagonismo, sino que glorifica al Hijo, y es a través de esa glorificación que la Iglesia alcanzará su plenitud.

Cada creyente debe también permitir que el Espíritu obre conforme a Su voluntad en lo personal. Esto implica rendición diaria, sensibilidad a Su voz, obediencia a Sus impulsos y disposición a ser corregido y moldeado. El

Espíritu no es una fuerza impersonal que empuja al creyente; es una Persona divina que guía con ternura, pero que demanda entrega total. La purificación final será efectiva en la medida en que cada uno de nosotros abra su corazón para ser transformado por Su obrar.

El gran peligro de la Iglesia en los últimos tiempos no es solamente la persecución externa, sino la insensibilidad interna. Resistir al Espíritu Santo es una tentación sutil que puede presentarse de diferentes maneras: cuando el creyente endurece su corazón frente a la corrección, cuando las congregaciones se apegan a sus tradiciones humanas más que a la voz de Dios, cuando el ministerio se convierte en un fin en sí mismo y no en un medio para glorificar a Cristo. Resistir al Espíritu es, en esencia, apagar el fuego que Él mismo encendió en lo íntimo del corazón.

La purificación final será para aquellos que no resistan, sino que se dejen moldear con humildad. Es tiempo de decir: *“Señor, haz conmigo como quieras, aunque duela, aunque implique dejar lo que amo, aunque me cueste renunciar a lo que creo necesitar...”* Solo un pueblo rendido podrá ser un pueblo glorioso. El Espíritu Santo no prepara una Iglesia a medias, sino una Esposa sin mancha ni arruga, adornada con la belleza de la santidad.

No basta con hablar del Espíritu, hay que caminar con Él. No basta con cantarle, hay que obedecerle. No basta con sentir Su presencia en un culto, hay que dejar que gobierne cada rincón de la vida diaria. El Espíritu Santo no busca un

espacio en nuestras reuniones; busca un trono en nuestros corazones. Él no es un invitado que se honra de vez en cuando, es el Señor que guía permanentemente. La diferencia entre una Iglesia encendida y una Iglesia apagada no está en su liturgia, sino en su nivel de rendición al Espíritu Santo.

Los tiempos finales demandan una generación llena del Espíritu, que viva bajo Su poder y dirección. El mundo necesita ver a creyentes cuya vida testifique que Cristo vive en ellos. No se trata de mostrar perfección humana, sino transformación divina. Cada paso guiado por el Espíritu, cada decisión tomada bajo Su consejo, cada palabra hablada impulsada por Él, será parte del testimonio que la Iglesia ofrecerá a una humanidad confundida y perdida.

El Espíritu Santo también prepara a la Iglesia para la batalla espiritual de los últimos días. No luchamos contra carne ni sangre, sino contra principados, potestades y huestes de maldad en las regiones celestes (**Efesios 6:12**). En esta guerra, ninguna arma humana tiene poder; solo la armadura espiritual que el Espíritu otorga es capaz de sostenernos firmes. La purificación no es pasiva; es también entrenamiento para la confrontación. El Espíritu nos disciplina, nos fortalece y nos equipa para resistir el mal y avanzar en la misión del Reino.

Una Iglesia sin Espíritu se convierte en un museo de tradiciones, pero una Iglesia llena del Espíritu es un ejército vivo, en marcha, invencible en el poder de Cristo. La diferencia entre sobrevivir a los tiempos finales y vencer en

ellos está en la relación con el Espíritu Santo. Él no solo limpia, sino que unge; no solo corrige, sino que capacita; no solo consuela, sino que impulsa. Su obra es integral, porque no nos prepara para la derrota, sino para la victoria eterna.

Por eso, el llamado de esta hora es a volvernos al Espíritu Santo. No como un tema doctrinal olvidado en los libros de teología, sino como la realidad viva y presente que sostiene la fe de los santos. Necesitamos pastores que no solo prediquen bajo elocuencia humana, sino bajo unción del Espíritu; necesitamos iglesias que no se reúnan solo para cumplir un programa, sino para dejarse conducir por la voz del Espíritu Santo; necesitamos creyentes que no se conformen con experiencias pasajeras, sino que vivan diariamente en comunión con Él.

En la purificación final, la Iglesia descubrirá que lo que parecía pérdida en realidad fue ganancia, porque lo que el Espíritu quita nunca es para empobrecer, sino para embellecer. Cada atadura rota, cada ídolo derribado, cada orgullo desmantelado, abre espacio para la plenitud de Cristo. El Espíritu Santo trabaja con celo, no porque quiera limitarnos, sino porque desea que nada compita con la gloria de Dios en nuestras vidas.

Llegará el día en que la voz del Esposo resuene en el cielo llamando a Su Iglesia, y solo aquellos que hayan guardado el aceite del Espíritu en sus lámparas estarán preparados. No habrá tiempo para improvisar santidad, no habrá lugar para fabricar intimidad a última hora. La

purificación final es el proceso actual que asegura nuestra preparación futura. El Espíritu Santo es la garantía de que seremos presentados irreprochables delante del Padre.

Por tanto, la exhortación es clara: no resistamos, no apaguemos, no entristezcamos al Espíritu Santo. Más bien, rindámonos, entreguémonos, confiemos, obedezcamos. El Espíritu es el sello de Dios sobre Su pueblo; es la antorcha que alumbra en la noche; es el viento que impulsa la misión; es el agua que sacia la sed; es el fuego que purifica la vida; es el aceite que da luz a la lámpara. Él es la diferencia entre una Iglesia tibia y una Iglesia encendida, entre una fe superficial y una fe auténtica, entre una vida religiosa y una vida de Reino.

La purificación final no será obra de hombres, sino del Espíritu Santo. Y cuando el Espíritu haya terminado Su tarea, la Esposa se presentará gloriosa, vestida de lino fino, limpio y resplandeciente, preparada para encontrarse con su Amado. Ese es el destino eterno de la Iglesia, y es el Espíritu Santo quien la conducirá hasta ese día glorioso.

“...el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido...”

1 Corintios 2:10 al 12

Capítulo seis

EL CRISOL DEL SUFRIMIENTO Y EL QUEBRANTAMIENTO

“Porque la fe de ustedes es como el oro: su calidad debe ser probada por medio del fuego. La fe que resiste la prueba vale mucho más que el oro, el cual se puede destruir. De manera que la fe de ustedes, al ser así probada, merecerá aprobación, gloria y honor cuando Jesucristo aparezca.”

1 Pedro 1:7 DHH

El hombre natural huye del dolor y busca por todos los medios evitar el quebranto. Nuestra carne se resiste a todo aquello que amenaza su seguridad y comodidad. Sin embargo, en el plan eterno de Dios, el quebrantamiento no es un accidente trágico ni un obstáculo inesperado, sino un instrumento divino que abre las puertas al fluir de Su Espíritu. A los ojos del cielo, el sufrimiento no es un fracaso, sino un crisol que purifica, un fuego que consume la escoria, un cincel que talla con precisión el carácter de Cristo en nosotros.

Aunque no nos guste admitirlo, el quebranto es en sí mismo una bendición. Cuando somos despojados de nuestras falsas seguridades y de las ilusiones de autosuficiencia, es entonces cuando el corazón aprende a depender de Dios de una manera más profunda y genuina.

Como el grano de trigo que debe caer en tierra y morir para dar fruto, así también la vida cristiana necesita atravesar la muerte del orgullo y de la confianza propia para que brote en nosotros la verdadera vida del Espíritu. Sin ese proceso, corremos el riesgo de levantar estructuras religiosas vacías, sostenidas por el entusiasmo humano, pero carentes de la fragancia de Cristo.

El quebranto es también la respuesta divina a la arrogancia del ego. Mientras el “yo” se mantenga en pie, orgulloso y fuerte, el Espíritu Santo encuentra resistencia. No es que Él carezca de poder, sino que Dios no comparte Su gloria con nadie. El altar del corazón solo admite un trono, y ese trono le pertenece exclusivamente a Jesucristo.

Por eso, muchas veces el Señor permite circunstancias que desnudan nuestras debilidades y nos confrontan con nuestra impotencia. Lo que en un principio parece un desastre, con el tiempo se revela como un acto de gracia: Dios está quitando estorbos para que Cristo sea todo en nosotros.

La Escritura lo ilustra con fuerza al comparar la fe con el oro. El oro puro no se encuentra en la superficie; debe pasar

por el fuego para que toda impureza sea consumida. Así también la fe debe ser probada en el horno de la aflicción.

El apóstol Pedro no habla de pruebas livianas ni de tribulaciones superficiales, sino de un fuego que arde con intensidad. Sin embargo, ese fuego no destruye, sino que refina. No apaga la fe, sino que la hace brillar con un resplandor mayor.

Reitero esto: Hoy muchos creyentes viven con la idea de que el verdadero avivamiento consistirá en estadios repletos de multitudes, luces, emociones y celebraciones masivas. No negamos que Dios pueda usar esos escenarios, pero no debemos confundirlos con la esencia del avivamiento.

La Escritura muestra que los momentos de mayor gloria siempre fueron precedidos por tiempos de quebranto y sufrimiento. La cruz antecede a la resurrección, el desierto precede a la tierra prometida, la persecución antecede al crecimiento de la Iglesia. No habrá gloria final sin antes atravesar el valle de lágrimas.

La historia misma de la Iglesia confirma esta verdad. Desde sus primeros pasos, el pueblo de Dios ha conocido el crisol del sufrimiento. Israel, camino a la libertad, debió atravesar el desierto; allí aprendió que no bastaba con salir de Egipto, sino que Egipto debía salir de su corazón.

En ese lugar árido, sin provisión humana, el Señor quebrantó su autosuficiencia y los hizo depender de Su Palabra y de Su presencia. De la misma manera, la Iglesia primitiva no nació en ambientes cómodos ni en escenarios de aceptación social, sino en medio de la hostilidad del imperio romano. La persecución fue el contexto en el cual la fe se expandió, y las lágrimas de los mártires regaron el campo donde brotó una cosecha abundante de testigos fieles.

Hoy, en el presente, no podemos ignorar que ya hay iglesias perseguidas en muchas naciones. En algunos países, confesar el nombre de Cristo significa arriesgar la vida, perder el trabajo o ser marginados de la sociedad. Hay cristianos que se congregan en secreto, que oran en silencio y que esconden sus Biblias como si fueran un tesoro prohibido.

Sus lágrimas, sus cadenas y sus heridas se levantan como un testimonio vivo de que la fe verdadera sigue ardiendo en medio de la prueba. Y aunque a nosotros nos cueste aceptar esta realidad, lo cierto es que esas comunidades perseguidas conocen un nivel de gloria y de intimidad con Cristo que, muchas veces, las iglesias libres y cómodas desconocen. El quebranto les ha abierto un caudal de vida espiritual que nada en este mundo puede imitar.

El avivamiento que Dios traerá en estos tiempos finales no nacerá del aplauso de las multitudes ni de las plataformas modernas, sino del crisol del sufrimiento. Será un avivamiento purificador, donde los que permanezcan en

pie lo harán porque han aprendido a amar más la gloria eterna que las comodidades terrenales.

Si no comprendemos la aflicción, tampoco comprenderemos el avivamiento. El quebranto no es la antesala del fracaso, sino la antesala de la gloria. El Espíritu Santo fluirá con mayor libertad en aquellos que han aprendido a llorar ante la cruz y a rendirse en el altar de la obediencia.

El sufrimiento no es un accidente en la historia de la Iglesia ni un error en el camino de los creyentes. Es parte del plan de Dios, porque a través de la tribulación Él purifica a Su pueblo y lo prepara para la gloria venidera. El mismo apóstol Pablo, después de ser apedreado y perseguido, exhortaba a las iglesias recién nacidas, diciendo que no puede haber gobierno de Dios sobre aquellos que no son quebrantados:

***“Es necesario que a través de muchas tribulaciones
entremos en el reino de Dios”***

Hechos 14:22

Estas palabras no fueron pronunciadas desde un púlpito cómodo, sino desde la experiencia de un hombre que llevaba en su cuerpo las marcas de Cristo. Pablo comprendía que la fe genuina no florece en la comodidad, sino en medio del conflicto. No estaba demandando sufrimiento como medio de salvación, pues nadie es salvo por sufrir, sino que estaba hablando de gobierno espiritual.

La tribulación es la herramienta de Dios para separar lo verdadero de lo falso, lo eterno de lo pasajero. En tiempos de bonanza y abundancia, muchos se acercan al Evangelio movidos por intereses humanos: unos buscan bienestar material, otros, reputación religiosa, otros, alivio emocional.

Pero cuando se levanta la tormenta, los que estaban firmes solo por conveniencia desaparecen, y quedan en pie aquellos que han echado raíces profundas en Cristo. Por eso la tribulación no es un castigo, sino una revelación: muestra quién realmente cree y quién se sostenía en apoyos temporales.

La historia del pueblo de Israel ilustra este principio con claridad. Después de salir de Egipto, no entraron de inmediato en la tierra prometida. El Señor los condujo primero al desierto, un lugar árido y desolado, donde no había provisión humana. Allí el maná descendía cada mañana, allí la roca se abría para dar agua, allí la nube los cubría de día y el fuego los guiaba de noche.

El desierto fue la escuela del quebrantamiento: aprendieron a depender totalmente de Dios y no de sus fuerzas. El Señor mismo declaró: ***“Te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná... para hacerte saber que no solo de pan vivirá el hombre, más de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre”*** (Deuteronomio 8:3). El quebranto los despojó de Egipto y los vistió con dependencia celestial.

De manera semejante, la Iglesia primitiva conoció desde su nacimiento el fuego de la tribulación. Apenas habían recibido el Espíritu Santo en Pentecostés, comenzaron las amenazas, las prisiones y los azotes. Esteban fue el primer mártir, y su sangre regó la tierra como semilla incorruptible. Saulo, que perseguía a los creyentes, se convirtió en el apóstol que más sufrió por Cristo.

Y mientras el imperio romano levantaba sus espadas y encendía sus hogueras, la Iglesia no se apagaba, sino que crecía. No había templos majestuosos ni plataformas tecnológicas, pero había un fuego santo que ningún emperador podía extinguir. El quebranto abrió la puerta a la gloria, y la sangre de los mártires se convirtió en semillas de fe.

Hoy, la hostilidad del sistema contra la fe se hace cada vez más evidente. Aunque en algunos lugares la persecución adopta formas violentas, en otros se disfraza con leyes, ideologías y presiones sociales que buscan silenciar la voz de la Iglesia. La cultura contemporánea, embriagada de relativismo y enemiga de la verdad absoluta, no tolera la luz del Evangelio.

La fe cristiana es tildada de intolerante, atrasada o peligrosa. Lo que antes se consideraba virtud hoy es visto como un obstáculo para la “libertad” del hombre moderno. Y lo que antes se reconocía como pecado hoy se celebra como derecho inalienable. Este cambio cultural anticipa un escenario en el cual la Iglesia no será aplaudida, sino

despreciada; no será invitada a influir, sino perseguida para que calle.

Pero lejos de temer, debemos comprender que en esta hostilidad se encuentra la oportunidad de un avivamiento purificador. Dios está sacudiendo todo lo que puede ser sacudido, para que permanezca lo incommovible. La Iglesia que resista la presión del sistema será aquella que ha aprendido a morir a sí misma, a no negociar su fe por la comodidad del momento.

En este crisol, las congregaciones que buscan únicamente el espectáculo se debilitarán, pero los discípulos que han pasado por el quebranto serán fortalecidos. El avivamiento que viene no se manifestará en un cristianismo superficial, sino en una Iglesia refinada, santa, humilde y firme en la verdad.

Muchos aún sueñan con un avivamiento de multitudes, con estadios llenos y espectáculos emocionantes, pero esa no será la puerta de ingreso a la gloria final. La verdadera obra del Espíritu no depende de números ni de plataformas humanas, sino de corazones rendidos y quebrantados que han aprendido a valorar más la eternidad que los aplausos de este mundo.

Tal vez el avivamiento no sea televisado ni viralizado en redes sociales; tal vez no tenga luces ni escenarios, pero sí tendrá lágrimas de arrepentimiento, corazones rendidos, comunidades puras y discípulos firmes. Ese será el fruto del

crisol del sufrimiento. Por supuesto, esto generará crecimiento y manifestaciones de poder, pero eso solo será el resultado lógico de una condición tratada por el Señor.

En medio de la tribulación, la Iglesia descubrirá un gozo inquebrantable: el gozo de ser partícipe de los padecimientos de Cristo. No se trata de un masoquismo espiritual ni de una resignación fatalista, sino de la certeza de que el dolor tiene un propósito eterno: Manifestar a Cristo, más allá de nuestro yo.

Cuando el creyente comprende que sus lágrimas no son en vano, sino que riegan la tierra de la eternidad, entonces puede abrazar la cruz con esperanza. La aflicción deja de ser un enemigo y se convierte en maestra, porque nos enseña a esperar en Dios y a anhelar la gloria venidera.

El padecimiento forma parte del plan eterno de Dios. No lo decimos con liviandad, sino con la certeza de que la Escritura lo confirma una y otra vez. El Señor no oculta a sus hijos la realidad de la aflicción; al contrario, la anuncia con claridad. Jesús mismo declaró: ***“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”*** (Juan 16:33).

La promesa no es la ausencia de dolor, sino la victoria en medio del dolor. El Evangelio nunca fue una invitación a la comodidad, sino un llamado a tomar la cruz y seguir a Cristo hasta el fin. Si no comprendemos la aflicción, tampoco podremos comprender el avivamiento purificador que Dios

está gestando en este tiempo final. El Espíritu Santo no busca una Iglesia entretenida, sino una Iglesia purificada.

No anhela congregaciones repletas de actividades sin profundidad, sino comunidades que amen la santidad y vivan en obediencia. Para llegar a esa condición, el pueblo de Dios necesita pasar por el fuego. La escoria debe ser quemada, la superficialidad eliminada y el ego derribado. Solo entonces podrá brillar la gloria de Cristo en su plenitud.

Dios busca un pueblo que puede ser multitudinario o reducido pero debe ser imperiosamente puro, fiel aunque despreciado, probado pero glorioso. El Señor nunca midió su obra por la cantidad de personas, sino por la calidad del corazón. Un solo hombre como Elías pudo detener el curso de una nación, y un pequeño grupo de discípulos encendió al mundo entero con el fuego del Evangelio.

Debemos aprender a leer la historia de Dios con ojos espirituales. El mismo Israel en el desierto, quebrantado y probado, fue preparado para entrar en la tierra prometida. La Iglesia primitiva, perseguida y herida, se convirtió en un testigo poderoso del Evangelio en todo el imperio romano. De igual manera, en estos tiempos de creciente hostilidad, la Iglesia será purificada para testificar con autoridad. El quebranto no será el final, sino la puerta de entrada a una gloria mayor.

La tribulación no es enemiga de la fe, sino su aliada. Ella derriba la arrogancia del yo, corta las raíces de la

autosuficiencia y nos hace abrazar a Cristo con un amor más profundo. La fe que se sostiene en medio de la prueba es fe genuina; la adoración que se eleva en medio del dolor es adoración pura; la esperanza que persiste en medio de la oscuridad es esperanza inquebrantable. Esa fe, esa adoración y esa esperanza son el fruto del crisol del sufrimiento.

Por eso, no debemos temer al quebranto, sino abrazarlo como parte del proceso divino. El Espíritu Santo no fluye con poder en corazones orgullosos y autosuficientes, sino en vasos quebrantados que se reconocen frágiles y totalmente dependientes. El quebranto abre grietas por donde corre el río de Dios. Lo que parecía una herida se convierte en un canal de vida. Lo que parecía una pérdida se transforma en ganancia eterna.

Estamos en el umbral de tiempos donde la hostilidad del sistema será cada vez mayor. No podemos engañarnos: vendrá persecución, rechazo y presión para renunciar a la verdad. Pero tampoco debemos desanimarnos: en medio de esa tribulación se levantará una Iglesia gloriosa, santa y purificada. El oro será probado, pero brillará con más intensidad. El trigo será aventado, pero la paja será removida. El remanente fiel conocerá una intimidad con Cristo que ninguna comodidad terrenal podría ofrecerle.

La invitación de Dios es clara: aceptar el crisol, abrazar el quebranto y confiar en que detrás de cada lágrima hay una gloria eterna. Pablo, con la certeza de quien había sido quebrantado, escribió: ***“Esta leve tribulación momentánea***

produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4:17). Allí está el secreto: la tribulación no se compara con la gloria, pero la tribulación prepara la gloria. El quebranto no es un accidente, sino el camino hacia la plenitud.

El avivamiento que se aproxima no será superficial, será un avivamiento espiritual: la gran purificación final. Los que hayan pasado por el crisol serán portadores de un testimonio puro; sus lágrimas serán el lenguaje de la intercesión, sus heridas serán memoria de la cruz, y su fe, como oro refinado, brillará para la honra de Cristo. Esa es la Iglesia que el Señor está formando: no una Iglesia triunfalista en la carne, sino victoriosa en el Espíritu; no una Iglesia acomodada, sino una Iglesia crucificada y resucitada con Cristo.

“Pero nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, estamos siendo transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Señor, el Espíritu.”

2 Corintios 3:18



Capítulo siete

LA ESPOSA QUE SE PREPARA PARA EL ESPOSO

“Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo, diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero.”
Apocalipsis 21:9

Desde Génesis hasta Apocalipsis, la Escritura nos presenta una historia de amor eterno: la de un Dios que busca para sí un pueblo que lo ame con fidelidad, y que culmina en la gloriosa imagen de las bodas del Cordero. No se trata de una metáfora ligera, sino de la revelación de un misterio profundo: la Iglesia es la esposa de Cristo, y toda su vida en la tierra es preparación para ese encuentro definitivo. El lenguaje nupcial en la Biblia no es accesorio, sino central, porque expresa la intimidad, la pureza y la fidelidad que Dios espera de Su pueblo.

El apóstol Pablo lo entendía con tanta claridad que lo expresó con palabras impregnadas de celo divino. Él sabía de

la presión que recaía sobre las iglesias que dirigía apostólicamente. Era consciente de que su presencia podía parecer débil, pero en sus cartas se mostraba firme y, en ocasiones, muy severo (**2 Corintios 10:10**). Tenía una gran carga por ellos y, a pesar de las hostilidades que sufrían de parte del sistema, Pablo no los veía como víctimas, sino como vencedores que debían prevalecer bajo un claro compromiso de entrega y santidad. Por eso les dijo:

“¡Ojalá me toleraseis un poco de locura! Sí, toleradme. Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que, como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.”

2 Corintios 11:1 al 3

Pablo se veía a sí mismo como un padre espiritual que había entregado a la Iglesia en compromiso a Cristo, y temía que esa pureza nupcial fuese corrompida por el engaño del enemigo. Su carga no era institucional, sino relacional: no le preocupaba solo la organización de las comunidades, sino la fidelidad de la novia al Esposo.

Notemos que el apóstol identifica a los sentidos como el blanco del enemigo. Así como Eva fue el acceso de la serpiente para llevar al hombre al pecado, hoy los sentidos pueden ser extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Amados hermanos, debemos velar, porque en los últimos tiempos el enemigo se manifestará poderosamente.

Él no se presentará vestido con pijama rojo y un tridente en la mano; se camuflará a través de los medios sociales y culturales para engañar a cuantos pueda. Notemos que en el Edén lo hizo a través de una serpiente astuta (**Génesis 3:1**), pero en los días finales es identificado como el gran dragón, la serpiente antigua que se llama diablo y Satanás (**Apocalipsis 12:9**). Es decir, a través de los siglos, la serpiente se convirtió en dragón, lo cual implica un ser mucho más poderoso.

Como líder de esta generación, creo que si nuestro mensaje no roza la locura, tal como aconteció con Pablo, habremos fallado en transmitir la Palabra de verdad para los últimos tiempos. Es decir, ante un posible engaño, veo a Pablo pareciendo un loco por su celo respecto de la Iglesia; pero después de dos mil años noto que no se encuentra aquel fervor ni una carga semejante a la del apóstol.

Algo hemos perdido como comunicadores de la Palabra, y debemos recuperarlo. La Iglesia no es una empresa que busca resultados, ni una organización religiosa o social que compite por espacio en la cultura. La Iglesia es la prometida del Hijo de Dios, llamada a vivir en la pureza de una doncella que aguarda su boda. Los ministros, como comunicadores del Evangelio, debemos advertirle celosamente lo que está aconteciendo y lo que vendrá.

Todo lo que somos y hacemos como cuerpo de Cristo tiene sentido únicamente en función de esa relación. Predicar, servir, interceder, evangelizar y discipular no son fines en sí

mismos, sino expresiones de amor y fidelidad al Esposo que viene. Cuando perdemos de vista esa verdad, nos distraemos con actividades legítimas pero vacías, como la novia que se entretiene con adornos superficiales y con la fiesta, pero descuida su vestido blanco.

La preocupación de Pablo sigue siendo urgente en nuestros días. Así como Eva fue engañada en el Edén, muchos creyentes hoy son seducidos por la astucia de la serpiente antigua. La cultura ofrece placeres inmediatos, ideologías atractivas y caminos aparentemente más fáciles que la cruz.

El enemigo sabe que no puede arrebatarse a Cristo Su victoria, pero busca desviar a la Iglesia de su fidelidad sencilla y pura. Por eso, la preparación de la esposa requiere vigilancia, discernimiento y celo santo. No basta con confesar a Cristo con los labios; es necesario cultivar una devoción íntegra que resista la seducción del mundo y del pecado.

Los cuidados de la novia son una imagen poderosa para describir la vida cristiana. Una novia que ama de verdad vive pendiente de su vestido, de su preparación, de los detalles que la harán presentarse digna ante su amado. Así también la Iglesia debe cuidar su santidad, su comunión con el Espíritu Santo y su obediencia a la Palabra.

No podemos permitirnos manchas en las vestiduras ni tolerar compromisos con la impureza. La gracia de Cristo nos

limpia, pero nuestra responsabilidad es guardar esa limpieza en la espera. La fidelidad no se mide en palabras, sino en la perseverancia del amor que se mantiene firme en medio de la espera y la tentación.

Notemos que Pablo se siente responsable de preservarla *“como una virgen pura a Cristo”*. Él la ve como una novia fiel a su prometido y se refiere a la pureza del corazón y a la fidelidad exclusiva que los creyentes debemos tener hacia Cristo, evitando cualquier desvío o contaminación espiritual que pueda apartarnos de Él. De hecho, cuando una doncella no es virgen es porque ha fornicado, y esa es una figura de idolatría en lo espiritual.

El término se usa en referencia a Israel en el Antiguo Testamento porque, aunque Israel había sido llamada por el Dios vivo como Su esposa (**Oseas 2:2; Jeremías 3:20**), se inclinaba a adorar a dioses falsos como Baal (**1 Reyes 18:26 al 29**), otros dioses (**Josué 24:2**), ídolos domésticos (**Génesis 31:34**), o becerros de oro (**1 Reyes 12:28**). Por esta causa, el Dios Santo extendió carta de divorcio a Israel (**Jeremías 3:8**).

Entiendo que hoy en día cualquiera pensaría que en la Iglesia nadie se inclina ante otros dioses, o que tal vez esta figura idolátrica se encuentra únicamente en el catolicismo romano. Pero la verdad es mucho más profunda, porque la idolatría se disfraza de muchas formas: en el amor desmedido a los afectos, al trabajo, al éxito o a los bienes materiales. La

Iglesia debe guardar el corazón y no creer que está lejos de la idolatría (**Proverbios 4:23**).

“Gocémonos y alegrémonos y demosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos.”

Apocalipsis 19:7 y 8

La esposa no se improvisa, se prepara. La santidad no es un adorno de último momento, sino el vestido tejido con fidelidad cotidiana. Cada acto de obediencia, cada oración sincera, cada servicio en secreto, cada victoria sobre el pecado son hilos de lino fino que la esposa va entretejiendo para el día de su boda.

El mundo puede despreciar esa preparación silenciosa, pero el cielo la celebra. Mientras muchos esperan señales espectaculares de avivamiento, Dios está mirando a Su Iglesia y preguntando si su vestido está limpio. El verdadero avivamiento no será otra cosa que la novia despertando a la urgencia de su preparación.

No habrá gloria final sin vestiduras limpias, no habrá bodas sin santidad, no habrá entrada al banquete sin lámparas encendidas. La voz del Espíritu sigue clamando junto a la Esposa: ***“¡Ven, Señor Jesús!”*** (**Apocalipsis 22:17**). Y ese clamor no nace de la emoción, sino del amor que se prepara,

de la fidelidad que se mantiene firme, de la novia que sabe que su Amado viene pronto.

La preparación de la esposa no es una tarea ligera ni superficial. Es un proceso de purificación constante que toca cada área de la vida cristiana. No se trata de un vestido tejido en una sola jornada, sino de una vestidura que se borda a lo largo de toda la vida, con cada decisión tomada en fidelidad al Señor.

El lino fino, limpio y resplandeciente del que habla Apocalipsis es la justicia de los santos, la evidencia visible de una vida transformada por la gracia. El vestido no se compra, se cultiva; no se hereda, se trabaja en dependencia del Espíritu Santo; no se improvisa en la hora final, sino que se cuida día tras día en la espera vigilante.

Pablo sentía esta carga al decir que su celo era celo de Dios. No buscaba controlar a los creyentes, sino guardarlos de toda contaminación. Él sabía que el peligro no venía solo de la persecución externa, sino del engaño interno. La serpiente antigua, con su astucia, continúa tentando a los creyentes con las mismas armas que usó en el Edén: sembrar dudas sobre la Palabra de Dios, despertar deseos desordenados, seducir con la ilusión de ser como dioses. El enemigo busca desviar nuestros sentidos, alejarnos de la sencillez de la devoción a Cristo y contaminarnos con amores infieles inclinarnos a este mundo.

Por eso la preparación de la esposa implica discernimiento. No basta con llamarnos cristianos, debemos vivir como prometidos de Cristo. Una novia que ama no juega con amantes, no coquetea con otros pretendientes, no reparte su corazón. Así también la Iglesia debe guardar su fidelidad, sin comprometerse con sistemas que niegan a Cristo, sin enamorarse de la idolatría moderna, sin vender su pureza por aplausos o reconocimiento. El Esposo espera encontrar una virgen pura, no una esposa infiel. La fidelidad no se mide por la intensidad de un culto, sino por la constancia de un corazón entregado todos los días.

Como hemos visto, el Espíritu Santo es quien capacita a la esposa en esta preparación. Él no solo es el Consolador, sino también el Purificador que lava y santifica a la Iglesia. Pablo declara que Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella:

“para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.”

Efesios 5:26 y 27

El propósito de Cristo es claro: no tendrá una esposa descuidada, sino una novia gloriosa. La disciplina del Espíritu, la corrección de la Palabra, la prueba de las circunstancias y el fuego de la tribulación son parte del proceso de purificación con el que Cristo prepara a Su amada.

El lenguaje nupcial de Apocalipsis nos confronta con una verdad solemne: la boda está cerca, pero no todos estarán preparados. En la parábola de las diez vírgenes, todas esperaban al esposo, pero solo cinco tenían aceite en sus lámparas. Las otras, aunque tenían apariencia de preparación, fueron sorprendidas por la tardanza y quedaron fuera del banquete (**Mateo 25:1 al 13**).

Esto es un llamado de urgencia a la Iglesia: no basta con estar en la puerta, hay que tener lámparas encendidas. No basta con tener religión, hay que tener una comunión viva con el Esposo. No basta con formar parte de una congregación, hay que llevar dentro de sí el fuego del amor al Señor.

El avivamiento espiritual del que hablamos en este libro no puede separarse de esta realidad. Avivamiento no significa solo manifestaciones visibles con milagros, señales y maravillas, sino la expresión de una novia despierta y celosa de su pureza. El verdadero mover del Espíritu nos vuelve más conscientes de nuestra condición, nos urge a limpiar nuestras vestiduras, a renunciar a la tibieza, a vivir como aquellos que aguardan al Amado con todo el corazón. Un cristiano que no entiende que la meta final es la unión con Cristo en gloria corre el riesgo de entretenerse con bendiciones pasajeras, sin preparar su corazón para el banquete eterno.

La esposa que se prepara vive con expectativa. No se aferra a este sistema presente como si fuera su morada

definitiva, sino que divisa un mundo nuevo bajo el Reino del Señor. Por eso no se enreda en las preocupaciones de esta vida, ni se embriaga con las glorias temporales. Sabe que todo lo terrenal de hoy está contaminado y solo anhela un cielo nuevo y una tierra nueva donde more la justicia (**2 Pedro 3:13**).

La Iglesia está llamada a vivir como novia vigilante, no como mujer dormida. Cada generación ha sido convocada a preparar el camino, pero esta generación enfrenta la urgencia de los tiempos finales. El mundo corre hacia la confusión, la cultura está fascinada con el pecado, los sistemas humanos muestran sus grietas, y en medio de ese escenario, la Iglesia es llamada a brillar como lámpara encendida.

El clamor del Espíritu y de la Esposa no es un simple deseo emocional, es un gemido profundo que surge de las entrañas de una Iglesia que ha comprendido que su vida no tiene otro propósito que la unión eterna con Cristo. El Apocalipsis nos revela esta oración última y definitiva: ***“El Espíritu y la Esposa dicen: Ven”***.

Este clamor es la síntesis de toda la historia de la redención, el eco de los patriarcas, profetas y apóstoles, y la súplica final de los santos a través de los siglos. No se trata de un suspiro de escape frente a las tribulaciones de este mundo, sino de un anhelo ardiente por la consumación de todas las promesas divinas, por la unión plena con Aquel que

ha sido el centro de nuestra fe y la esperanza de nuestra gloria.

Pero solo una Esposa que se prepara con diligencia puede elevar este clamor con verdad y autoridad espiritual. Una Iglesia distraída por el mundo no puede desear al Esposo con intensidad. Una comunidad que ha sustituido la pasión por la santidad con el entretenimiento religioso no puede pronunciar con sinceridad que anhela Su venida.

Yo suelo dar a la Iglesia un ejemplo personal: mi ministerio es internacional, por lo cual viajo a diferentes naciones varias veces al año. Esos viajes son extensos y mi esposa no puede acompañarme en todos ellos. Ahora imaginen si ella estuviera asustada por mi regreso. Si en lugar de gozarse y esperarme con ansiosa alegría, me aguardara con temor, preocupada por no saber el día o la hora exacta de mi regreso. Pregunto: ¿no sería extraña una espera así? ¿No podría pensar que su miedo, en lugar de su alegría, está escondiendo algo?

Por eso, la preparación de la Esposa debe ser con alegría. No se limita a una declaración doctrinal, sino que es una actitud de amor que se evidencia diariamente: en la renuncia al pecado, en la obediencia perseverante, en la fidelidad inquebrantable. Así como una novia espera el día de sus bodas cuidando cada detalle de su vestido, de su fragancia y de su pureza, la Iglesia debe velar por sus vestiduras espirituales, guardándose sin mancha ni arruga para el gran día de la consumación.

El vestido de lino fino que aparece en Apocalipsis no es producto de nuestras propias obras humanas, sino el reflejo de la justicia imputada por Cristo y de la justicia practicada en obediencia por los santos. Es un atuendo confeccionado por la gracia, pero al mismo tiempo cuidado con temor y temblor por cada creyente que se santifica en la verdad.

La Esposa que se prepara no descuida su vestidura, porque sabe que las manchas del mundo pueden arruinar la belleza del banquete celestial. Su celo no es legalismo, es amor; no es ritualismo, es devoción. Ella comprende que el Esposo es digno de una entrega sin reservas y de una fidelidad incorruptible.

El mayor peligro para esta preparación sigue siendo el mismo que Pablo advirtió a los corintios. El avivamiento purificador al que Dios nos llama exige responder con decisión a esta misión: apartarnos de toda idolatría del corazón y renovar cada día la consagración al Esposo celestial, cuidando los detalles que sí importan.

En medio de pruebas, persecuciones y desafíos culturales, la Esposa debe prepararse distinguiéndose por un rasgo esencial: su esperanza. Este fervoroso deseo debe estar puesto en el regreso del Señor. La Iglesia no debe temer enfrentar las noches oscuras que se avecinan, porque sus ojos deben estar fijos en el amanecer eterno, y por tal motivo necesitamos un avivamiento purificador. Hoy hay demasiados intereses en los corazones de los santos.

La Iglesia no debe desesperarse por las aflicciones temporales, porque debe estar clara respecto de la incomparable gloria venidera. Su oración constante es la misma de la Iglesia primitiva: “*Maranatha*”, el Señor viene. Y en este clamor debe perseverar, porque su amor no debe enfriarse ni su fidelidad descuidarse.

Este es el tiempo en que la Iglesia debe recuperar su identidad de Esposa. Hemos sido demasiado tiempo administradores de estructuras, gestores de programas y defensores de tradiciones, pero hemos olvidado que nuestra esencia es relacional, nupcial, amorosa.

El Señor no viene por instituciones, viene por una Esposa; no viene por edificios, viene por un pueblo; no viene por denominaciones, viene por corazones que latén en unidad con Él. El verdadero avivamiento espiritual, la gran purificación final, no consiste en multitudes reunidas en estadios, sino en una Esposa adornada de santidad, expectante y vigilante, que ha aprendido a decir con todas sus fuerzas: “¡Ven, Señor Jesús!”.

Y así, la historia de la redención concluirá como comenzó: con un banquete. Pero ya no será el recuerdo del Edén perdido, sino la celebración de las bodas del Cordero. El cielo se unirá a la tierra, la Esposa y el Esposo se encontrarán, y la creación entera participará de un cántico nuevo.

Entonces, todo sufrimiento será transformado en gozo, toda lágrima será enjugada y toda espera será recompensada. Por eso, mientras aún caminamos en medio de un mundo hostil y de un sistema contrario, mantengamos encendido el fuego del amor, cuidemos nuestras vestiduras y perseveremos en la sincera fidelidad. Porque muy pronto la voz del Esposo resonará, y aquellos que se hayan preparado entrarán con Él en la gloria del Reino plenamente manifestado.

“Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios.”

Romanos 8:18 y 19



Capítulo ocho

EL LIDERAZGO DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

“Y los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.”

Daniel 12:3

El liderazgo de los últimos tiempos no puede ser entendido bajo las categorías del poder humano ni bajo los parámetros del éxito mundano. En un tiempo donde las estructuras sociales, políticas y religiosas se estremecen, el Señor está levantando un liderazgo que no se mide por la influencia visible ni por los reconocimientos terrenales, sino por la capacidad de preservar la pureza del pueblo de Dios en medio de un mundo corrupto. Es un liderazgo que entiende que su misión principal no es construir plataformas personales, sino preparar a la Iglesia como Esposa fiel para el encuentro con el Cordero.

El rol de los líderes en este tiempo es clave para que la Iglesia no se extravíe ni se contamine. Si los líderes se

desvían hacia la ambición, la vanagloria o la comodidad, todos sus discípulos se verán afectados; pero si ellos, en humildad, renuncian a los intereses personales y viven para servir con fidelidad, el cuerpo de Cristo será edificado, purificado y fortalecido.

Por eso, la Escritura advierte que en los últimos tiempos habrá maestros que, por codicia, harán mercadería de las almas, explotando la fe de los sencillos con promesas vacías. Frente a este peligro, se requiere un liderazgo que, como Juan el Bautista, sea capaz de señalar a Cristo y no a sí mismo, que sepa decir con sinceridad: ***“Es necesario que Él crezca, y que yo mengüe” (Juan 3:30).***

La figura de los eunucos que preparaban a Ester para presentarla al rey es profundamente ilustrativa para el liderazgo de la Iglesia en estos días. Ellos tenían la responsabilidad de embellecer, adornar y preparar a la reina, pero nunca se servían de ella ni se aprovechaban de su posición.

Su misión no era poseerla, sino guardarla para otro, para aquel que realmente era digno de ella. Así también, los verdaderos líderes del pueblo de Dios no se creen dueños de la Iglesia, sino que saben que pertenece a Cristo. La cuidan, la alimentan, la instruyen, pero no buscan sacar provecho personal de ella. Conducen a la Esposa hacia el Esposo, sin pretender ser ellos el centro del afecto o la devoción del pueblo.

Este tipo de liderazgo solo puede brotar de corazones quebrantados y moldeados por el Espíritu Santo. No se trata de imponer cargas religiosas ni de ejercer manipulación disfrazada de piedad. No se trata de infundir temor mediante amenazas carnales ni de controlar la conciencia de los creyentes con reglas humanas.

El liderazgo de los últimos tiempos no debe ser religioso, sino espiritual. Su autoridad no debe proceder de títulos, jerarquías o estructuras, sino de la unción verdadera que proviene de la intimidad con Dios.

No predicará comodidad ni prometerá caminos fáciles, sino que anunciará santidad, aun cuando eso resulte incómodo para los oyentes. Porque es en la santidad donde la Iglesia encuentra su verdadera libertad, y es en el llamado al arrepentimiento donde el pueblo descubre la puerta hacia el avivamiento genuino.

Este liderazgo será probado con fuego, y solo aquellos que renuncien a sí mismos podrán sostenerse. Ya no habrá espacio para el orgullo ni para el exhibicionismo espiritual. El Señor mismo está derribando los altares del ego para levantar siervos que no buscan ser servidos, sino servir.

El quebrantamiento será el sello de los líderes que permanezcan firmes en medio de la tribulación. No predicarán para obtener aplausos, sino para presentar una Iglesia sin mancha ni arruga ante el Señor. Su recompensa no será terrenal, sino celestial; no la buscarán en

reconocimientos humanos, sino en las palabras finales del Maestro: “*Bien, buen siervo y fiel...*”.

El liderazgo de los últimos tiempos tiene, por tanto, una tarea sagrada y a la vez peligrosa: preservar la pureza de la Iglesia en un tiempo en que el mundo seduce, la cultura relativiza y las falsas doctrinas proliferan.

El desafío será mantener la fidelidad a la Palabra sin caer en extremos de religiosidad, y sostener la gracia del Evangelio sin diluir su poder transformador. Un liderazgo así no se improvisa, no se construye con estrategias humanas, sino que nace del altar de Dios, de rodillas, de lágrimas y de clamor.

Uno de los mayores desafíos del liderazgo en los últimos tiempos será restaurar el verdadero discipulado. Durante décadas, la Iglesia ha confundido asistencia con transformación, multitud con madurez, programas con vida espiritual.

Muchos líderes se han conformado con tener auditorios llenos y ministerios supuestamente exitosos, sin percatarse de que el llamado del Señor no fue a formar seguidores superficiales, sino discípulos que tomen su cruz cada día y sigan sus pasos. El discipulado no es opcional, es la esencia misma del cristianismo.

Allí donde el liderazgo ha reducido el Evangelio a una mera experiencia emocional o a un credo repetido, la Iglesia

ha perdido su fuerza. Solo recuperando el discipulado radical de Jesús podremos forjar una generación que resista los embates del mundo en los últimos tiempos.

El discipulado verdadero no es teórico ni liviano: es una relación de entrega, de corrección y de obediencia. Es enseñar con la vida, no solo con palabras; es transmitir un estilo de caminar con Cristo que se aprende en la cercanía y en la perseverancia. Así formó Jesús a los Doce: los llamó para estar con Él antes de enviarlos a predicar.

El liderazgo de este tiempo debe volver a ese modelo sencillo y poderoso, donde los creyentes no solo escuchan sermones, sino que caminan con ejemplos vivos; donde se aprende a orar orando juntos, a servir sirviendo juntos, a sufrir sufriendo juntos y a esperar la gloria esperándola juntos. Pero todo esto no en función de una denominación determinada, sino con una visión de Iglesia global.

Uno de los grandes males de este siglo es que cada ministerio trabaja para sí, cultivando una mentalidad de casa, pero no una mentalidad de cuerpo. Todas las demandas de la gente están vinculadas a la casa, pero no hay comunión con el resto de la Iglesia. Debo ser claro: es lógico que cada pastor o ministerio trabaje para sí con un diseño determinado, pero no podemos desvincular a la gente de la Iglesia global.

Hoy se habla de la genética de la casa y se utiliza la paternidad espiritual para una identificación extrema, pero la falta de unidad entre los pastores de cada ciudad revela que

no hay una visión corporativa. Esto es muy peligroso, porque al final cada uno trabaja para su reino o su proyecto, pero no para el Reino de Dios.

El trabajo ministerial de una casa y la expresión de los líderes como autoridades espirituales no están mal. En una primera instancia, esto está bien. El problema surge cuando se vincula a la gente únicamente con la visión de su apóstol o pastor, sin conectarla con el cuerpo de Cristo. Juzgar la espiritualidad de los hermanos por medio del compromiso con las actividades internas, sin prepararlos para la expansión en el mundo, es un error grave.

Los líderes efectivos pueden cultivar una visión interna respecto del trabajo o modelo utilizado por la congregación, pero no deben hacer esto cortando los vínculos con la visión de la Iglesia en el mercado y su comunión con todos los santos. Incluso hay líderes que enseñan a su gente a no juntarse con otros hermanos o a ver a otros ministerios como enemigos o competidores, y eso es perverso.

Esto nos conduce a la necesidad urgente de restaurar la vida comunitaria comprometida, no solo con la casa, sino con el diseño del Reino de Dios en el mundo. El individualismo, tan propio de nuestra cultura, ha penetrado en la Iglesia, debilitando el cuerpo y aislando a los miembros.

Sin embargo, el diseño de Dios nunca fue una fe solitaria, sino un pueblo unido, una familia espiritual que comparte la vida, la mesa y la carga los unos de los otros. En

los últimos tiempos, cuando la hostilidad del sistema crezca y la persecución se intensifique, la Iglesia necesitará ser más comunidad que nunca.

Ya no será posible sostenerse en la fe, aislados o con una espiritualidad privatizada; necesitaremos unos a otros para perseverar, para alentarnos y para resistir juntos. Y este es un llamado directo a los líderes: forjar comunidades sólidas vinculadas entre sí. Para esto es fundamental la unidad entre apóstoles, pastores y líderes en general. Esto no debe ser una expresión de buena voluntad, sino la demanda de un Dios soberano.

El liderazgo de los últimos tiempos será medido no por cuántos escuchan, sino por cuántos permanecen fieles en medio de la prueba. Será un liderazgo que enseñe a orar en secreto, a permanecer en la Palabra, a discernir la voz del Espíritu y a soportar la aflicción con gozo.

Forjar creyentes resistentes y perseverantes implica enseñarles a ver más allá de las circunstancias, a vivir con la esperanza bienaventurada del regreso del Señor. Implica entrenarlos para la batalla espiritual, pero también para la paciencia, para la espera y para la santidad cotidiana.

No es tarea sencilla. Requiere líderes que ellos mismos hayan aprendido a resistir, que no se doblegan ante las corrientes del mundo ni buscan atajos de popularidad. Requiere padres espirituales que no se cansan de corregir,

que saben advertir con amor, pero también con firmeza, sin caer en manipulación ni provecho personal.

Requiere pastores que no se conformen con tener simpatizantes, sino que se duelan hasta que Cristo sea formado en sus hijos espirituales. Este proceso no siempre será atractivo ni rápido, pero es el único que garantiza que, cuando llegue la tormenta, los discípulos no huirán, sino que permanecerán firmes en la Roca.

La visión del liderazgo en los últimos tiempos no puede ser otra que presentar a Cristo una Iglesia gloriosa y purificada. No se trata de entretenerla mientras pasa la historia, sino de prepararla para su destino eterno. El discipulado auténtico y la vida comunitaria profunda son los medios que Dios ha dado para que la Iglesia no se diluya en el mundo, sino que se mantenga encendida, santa y firme hasta el fin. Por eso, este tipo de liderazgo no mide su éxito en los números de asistencia, sino en la resistencia de los santos; no en la fama del predicador, sino en la fidelidad de la comunidad.

Así, los líderes de los últimos tiempos están llamados a ser como columnas en medio del templo: no se mueven fácilmente, sostienen el peso y permanecen cuando todo alrededor tiembla. Son hombres y mujeres probados por el fuego, que no se dejan seducir por la vanagloria, sino que viven para fortalecer a otros. Son los que levantan el corazón de los cansados, los que acompañan al débil, los que corrigen

al extraviado y los que apuntan constantemente hacia la esperanza suprema del Reino manifestado en plenitud.

El liderazgo en los últimos tiempos no puede eludir la realidad del contraste inevitable entre la Iglesia y el mundo. Jesús mismo lo advirtió: ***“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros” (Juan 15:18).*** La Iglesia purificada será siempre un reproche para un sistema que vive en tinieblas, y el liderazgo que la guía deberá prepararla para enfrentar ese rechazo con firmeza y esperanza.

No se trata de buscar deliberadamente la confrontación, sino de vivir con tanta claridad en la verdad que el contraste se haga evidente. En un tiempo en el que las naciones legitiman el pecado, los gobiernos persiguen la fe y la cultura aplaude lo que Dios abomina, los líderes deben enseñar al pueblo que la fidelidad al Señor tiene un costo, pero también una gloria incomparable.

El mundo marcha hacia el juicio, pero la Iglesia marcha hacia la plena manifestación del Reino tras la venida del Señor. Este contraste no debe debilitarnos, sino purificarnos. El liderazgo tiene la misión de despertar a los creyentes de la somnolencia espiritual, de advertirles que no hay neutralidad en la batalla final.

Los líderes de este tiempo deben ser como atalayas en el muro, vigilantes que ven venir la noche y llaman al pueblo a despertar. No pueden dormirse en la rutina ni contentarse

con estructuras humanas. Deben levantar su voz, aun cuando sea incómodo, y advertir que la tibieza es el mayor enemigo de la preparación.

El Señor no viene por una Iglesia indiferente, sino por una Esposa encendida en amor, vestida de pureza y vigilante en oración. El liderazgo que no despierta a la Iglesia, la adormece; el liderazgo que no llama a la santidad, la contamina; el liderazgo que no proclama el regreso del Señor, la distrae con lo pasajero.

En medio de un mundo convulsionado y hostil, el liderazgo de los últimos tiempos debe ser portador de una esperanza bienaventurada: la certeza del regreso de Cristo y la plena manifestación de Su Reino. Esta esperanza no es evasión, es ancla; no es ilusión, es fundamento. Es lo que sostuvo a la Iglesia primitiva en medio de persecuciones, y será lo que sostendrá a la Iglesia final en medio de las tribulaciones.

Los líderes deben proclamar, con convicción y sin reservas, que el Señor viene, que su recompensa está con Él y que todo sufrimiento presente es leve y momentáneo en comparación con la gloria venidera. No es que no deban enseñar sobre el avance en la vida personal, el progreso familiar o la vida económica; nada de eso es veneno si el mensaje que fundamenta todo es el Reino (**Mateo 6:33**).

Este anuncio, lejos de generar pasividad, debe despertar una vida de santidad y consagración. El pueblo que

espera al Señor se purifica a sí mismo, se aparta de lo vano y vive con los ojos puestos en lo eterno. Aquí radica la responsabilidad pastoral de los líderes: formar creyentes que no negocian su fe, que no se contaminan con la idolatría del mundo, que saben esperar en oración y que viven como ciudadanos del cielo mientras caminan en la tierra.

Así, el liderazgo de los últimos tiempos no es un privilegio para unos pocos, sino una carga santa, un llamado a la fidelidad radical. Son hombres y mujeres que saben que la hora es avanzada, que la trompeta está por sonar y que la Iglesia debe estar lista. Ellos se levantan no para ser servidos, sino para servir; no para enriquecerse de la Iglesia, sino para embellecerla; no para manipular con miedo, sino para guiar con amor; no para exaltar su nombre, sino para glorificar al Rey de Gloria.

El fin de todas las cosas se acerca, y con él, el momento en que los líderes deberán presentar al Señor una Iglesia purificada, fortalecida y despierta. Esa es la tarea sagrada de este tiempo: preparar a la Esposa para el Esposo. Y cuando finalmente aparezca la señal gloriosa del Hijo del Hombre en el cielo, y las trompetas resuenen, los verdaderos líderes sabrán que su labor no fue en vano. Habrán conducido a la Iglesia hacia su destino eterno, habrán preservado la pureza de los santos y podrán unirse al clamor final junto al Espíritu y la Esposa que dicen: ***“¡Ven, Señor Jesús!”***.

Oración de cierre:

Señor nuestro Dios y Padre eterno...

Te damos gracias por habernos permitido caminar por estas páginas, por abrir nuestros ojos a la urgencia de tu Espíritu y por recordarnos que la Iglesia, Tu amada Esposa, debe prepararse para encontrarse contigo. Gracias por Tu Palabra que nos ha instruido, corregido y consolado, y por Tu Espíritu que nos ha enseñado a esperar con fe y esperanza...

Padre, te pedimos que cada corazón que ha leído estas palabras sea tocado por tu fuego purificador. Que la fe de Tu pueblo sea probada y fortalecida, que el quebranto nos humille, nos purifique y nos haga más semejantes a Cristo. Que Tu Iglesia despierte de toda tibieza, se vista de santidad y persevere con celo santo, fiel a su Esposo hasta el final...

Padre, en el nombre de Jesús, te rogamos que levantes líderes según Tu corazón, humildes, serviciales y fieles, que no busquen gloria propia sino la gloria de Tu Reino, y que guíen a Tu pueblo hacia el discipulado verdadero, la comunidad comprometida y la resistencia perseverante en los tiempos de prueba. Que la unción de Tu Espíritu Santo se derrame sobre cada creyente, capacitándonos para ser portadores de tu verdad, amor y justicia en medio de un mundo hostil y confundido...

Padre, haz que este clamor sea sincero, constante y encendido en cada vida, hasta que la trompeta de Tu gloria

anuncie Tu regreso y toda rodilla se doble ante Ti. Que nuestros corazones estén listos, nuestras vestiduras limpias y nuestra esperanza firme, para recibirte con gozo y entrar en la eternidad que nos prometiste...

Que tu Reino se manifieste en la tierra como en el cielo, y que la Iglesia gloriosa que surge de esta purificación final sea luz, sal y testimonio vivo de Tu poder y amor. Todo esto te lo pedimos confiados en Tu nombre, en la autoridad de Cristo y en la guía del Espíritu Santo, hoy y siempre...

¡Amén!



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mi página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Maestro de la Palabra
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

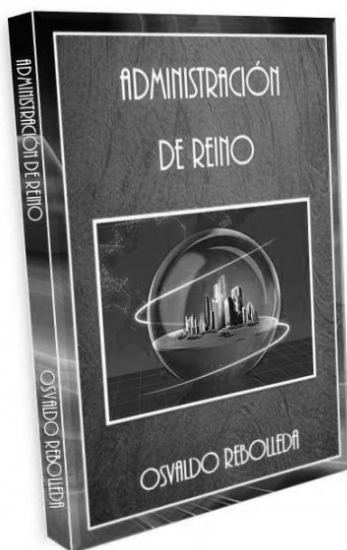
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

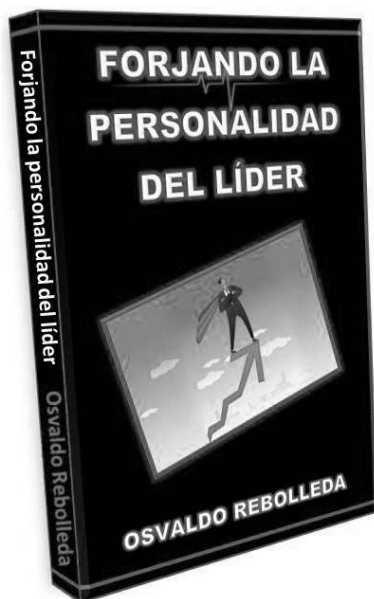
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

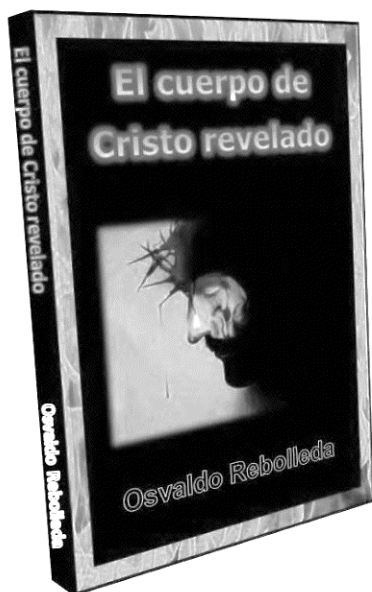
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

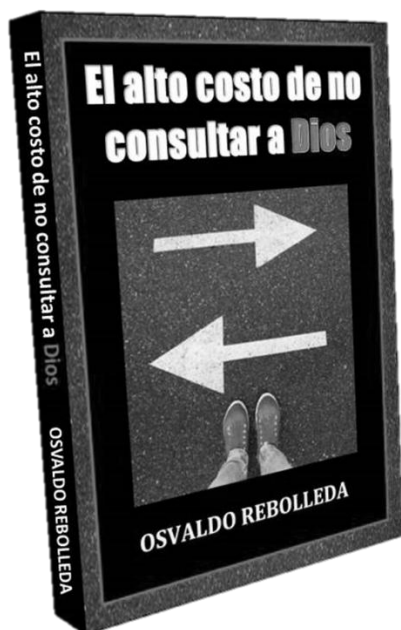


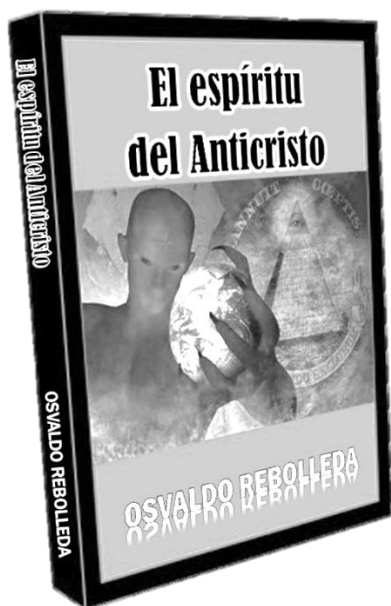
www.osvaldorebolleda.com



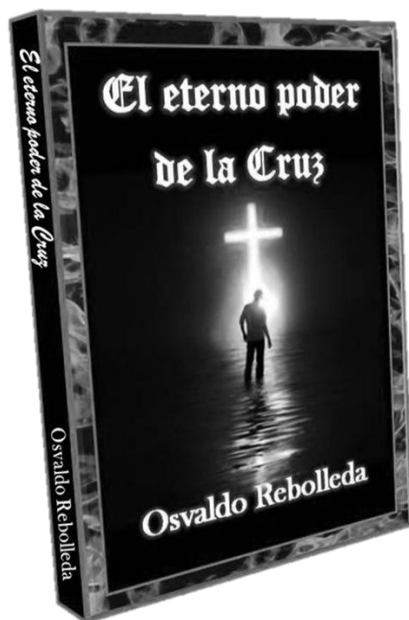
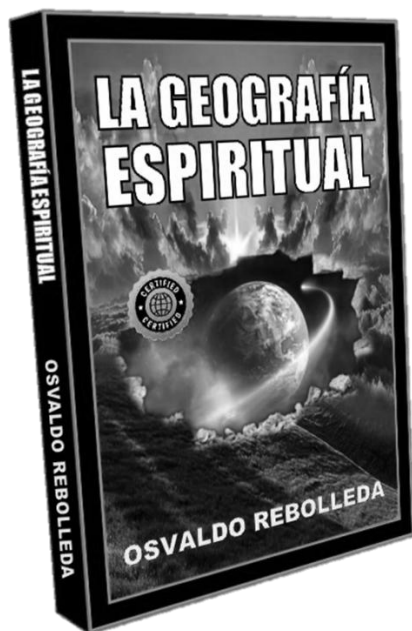


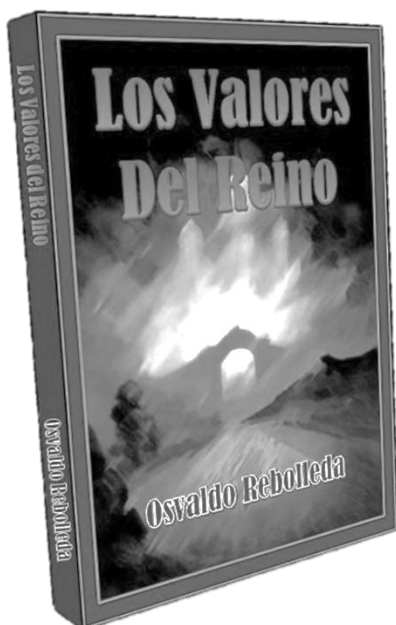
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

